El rey se divierte
Víctor Hugo




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

**OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO**

Esta obra fue enviada como aporte o donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

## Prefacio

La aparición de este drama en el teatro dio motivo a un acto ministerial inaudito.

Al día siguiente de su estreno remitió al autor, Jouslin de la Salle, director de escena del *Teatro Francés*, el siguiente oficio, cuyo original conserva:

«En este momento, que son las diez y media, acabo de recibir la orden de suspender las representaciones de EL REY SE DIVIERTE, que me comunica H. Taillor en nombre del ministro.

»Hoy 23 de noviembre.»

Lo primero que le ocurrió al autor fue dudar de lo que estaba leyendo, porque el acto era arbitrario hasta lo increíble.

En efecto, la Constitución, llamada *La Carta*, dice: «Los franceses tienen derecho de publicar...» El texto no sólo concede *el derecho de imprimir,* sino *el derecho de publicar.* El teatro, pues, no es más que un medio de publicación como la prensa, como el grabado y como la litografía. La libertad del teatro está implícitamente consignada en la Constitución como las demás libertades del pensamiento. La ley fundamental añade: «La censura no podrá restablecerse nunca.» No dice el texto la censura de los periódicos, la censura de los libros; habla de la censura en general, de la del teatro como de la de los escritos. Las obras dramáticas no pueden ser, pues, legalmente censuradas. En otra parte la Constitución dice: «Queda abolida la confiscación.» Pues la supresión de una obra, después de haberse representado, no sólo es un acto de censura y de arbitrariedad, sino que es además una verdadera confiscación, porque usurpa violentamente al autor y al teatro su legítima propiedad.

En una palabra, para que todo sea claro, para que los cuatro o cinco grandes principios sociales que la Revolución francesa grabó en bronce queden intactos en sus pedestales de granito, la Constitución deja abolido expresamente en su último artículo todo lo que sea contrario a su letra y a su espíritu en nuestras leyes anteriores.

Esto es lo formal. El decreto ministerial que prohíbe la representación de un drama, por medio de la censura atenta a la libertad y por medio de la confiscación a la propiedad. Todo nuestro derecho público se subleva contra semejante hecho de fuerza.

El autor no se decidía a creer en tanta insolencia y en tanta locura, y se presentó en el teatro, donde le confirmaron lo ocurrido. El ministro, por sí y ante sí, redactó la susodicha orden, sin fundarse en razón alguna. El ministro usurpó la obra a su autor, su derecho y su propiedad; no le faltó más que encerrarlo en la Bastilla.

La *Comedia Francesa,* estupefacta y consternada, quiso dar algunos pasos cerca del ministro para obtener la revocación de tan extraña orden, pero fueron inútiles. El Consejo de ministros se había reunido aquel día, y la orden del ministro del día 23 pasó

a ser el día 24 una orden de todo el Ministerio. El 23 *suspendieron* la representación del drama, el 24 lo *prohibieron,* conminando a la empresa a que borrara de los carteles el pavoroso título EL REY SE DIVIERTE. Intimaron además al *Teatro Francés* a que se abstuviera de quejarse. Acaso hubiera sido conveniente resistir este despotismo asiático, pero a eso no se atreven los teatros, pues el temor de que les retiren las subvenciones los convierte en siervos y en vasallos, en eunucos y en mudos.

El autor permaneció y debió permanecer extraño a estos manejos del teatro. Es poeta y no depende de ningún ministro. Los ruegos y las solicitudes que acaso le aconsejaban su interés, le prohibía entablarlas su deber de escritor libre. Pedir favor al poder era reconocerlo: la libertad y la propiedad no deben pedirse en las antesalas, y un derecho no debe solícitarse como un favor; para conseguir el favor se acude al ministro, para lograr un derecho se le pide al país. Al país, pues, se dirige el autor. Existen dos caminos para obtener la justicia: el de la opinión pública y el de los tribunales. El autor recurre a ambos.

Ante la opinión Pública el proceso está ya juzgado y ganado. Por eso el autor da las sinceras gracias a todos los individuos graves e independientes de la literatura y de las artes, que en esta ocasión le han dado tantas pruebas de simpatía y de cordialidad. Contaba con su apoyo, porque sabe que cuando se trata de luchar por la libertad de la inteligencia y del pensamiento no irá nunca solo al combate.

Por mezquinos cálculos, el gobierno se vanagloriaba de contar como auxiliares hasta con los hombres que forman en las filas de la oposición y con las pasiones literarias sublevadas hace tiempo contra el autor; el gobierno se había imaginado que los odios literarios serían más tenaces aun que los odios políticos, fundándose en que los primeros nacen del amor propio y los segundos de los intereses. El poder se equivocó: su acto brutal indignó a los hombres honrados de todas las opiniones. El autor vio con gran satisfacción aliarse a él, para afrontar la arbitrariedad y la injusticia, a muchos de los que con más violencia le atacaban el día anterior. Si por casualidad algunos odios inveterados persisten contra él, sienten ahora el auxilio momentáneo que prestaron entonces al poder. Cuantos enemigos honrados y leales cuenta el autor se le han ofrecido, tendiéndole la mano, sin perjuicio de que vuelvan al combate literario tan luego como acabe el combate político. El que es perseguido en Francia no tiene otro enemigo que su perseguidor.

Si después de sentar que el acto ministerial es odioso e incalificable y contra derecho, descendemos por un momento a discutirlo como hecho material, la primera cuestión que se nos presenta es la siguiente: ¿Por qué motivo se dictó semejante medida?

Hay que decirlo, porque así es, y porque si el porvenir se ocupa un día de la pequeñez de nuestros hombres, no será este detalle el menos curioso de este curioso acontecimiento. Parece que los encargados de censurar se han escandalizado, ofendidos en su moralidad, de EL REY SE DIVIERTE; este drama ha ofendido el pudor de los gendarmes: la brigada Leotand presenció la primera representación y la encontró *obscena;* la oficina de las buenas costumbres se ha tapado la cara y Vidocq se ha ruborizado. En una palabra, la consigna que la censura dio a la policía es la siguiente: *El drama es inmoral.* Veamos si tienen razón.

Daremos explicaciones, no a la policía, a la que yo, como hombre honrado, prohíbo hablar de estas materias, sino al escaso número de personas respetables y concienzudas, que por lo que han oído decir, o por no haberlo comprendido en la primera representación, se las ha impulsado a pronunciar tan injusto fallo. El drama corre ya impreso: si no lo habéis visto representar, leedlo, y si lo habéis visto en el teatro, leedlo también. Recordad que su estreno, más que representación, fue una especie de batalla de Montlhery (y perdonadme esta vanidosa comparación), fue una batalla en la que los parisienses y los borgoñones creyeron, ambos por su parte, *haberme embolsado* la *victoria*, como dice Matthieu.

¿Que la obra es inmoral? Vamos a verlo. Veamos primero si es inmoral en el fondo. Triboulet es deforme, está enfermo, es bufón de palacio, y esta triple miseria que le envuelve le convierte en malvado. Triboulet odia al rey, porque es rey, a los señores porque son señores y a los hombres porque no han nacido con una joroba en la espalda como él. Su único pasatiempo consiste en trabajar para que choquen los señores contra el rey, y que perezca el más débil víctima del más fuerte. Deprava al rey, le corrompe, le embrutece y le empuja hacia la tiranía, hacia la ignorancia y hacia el vicio; le introduce en medio de las familias de los nobles, señalándole con el dedo la esposa que puede seducir, la hermana que puede robar, la hija que puede perder. El rey, en manos de Triboulet, no es más que un polichinela todopoderoso, que amarga todas las existencias que el bufón se empeña en deshonrar. Un día, en medio de una fiesta, cuando Triboulet induce al rey a robar a la mujer de M. de Cossé, llega hasta el monarca Saint-Vallier y le reprocha en alta voz la deshonra de Diana de Poitiers: Triboulet insulta y escarnece a este padre, a quien el rey ha robado la hija. De aquí arranca todo el asunto del drama. Su verdadero asunto es la maldición de Saint-Vallier. Llegamos al segundo acto, y vamos a ver sobre quién recae la maldición de Saint-Vallier. Triboulet es hombre, es padre, y tiene una hija que ama con todo su corazón. Todo el interés del drama estriba en que Triboulet tiene una hija, que oculta a todo el mundo en un barrio desierto y en una casa solitaria. Cuanto más hace que corra por la ciudad el contagio del escándalo y del vicio, tanto más aislada y oculta tiene a su hija, a la que educa en la inocencia, en la fe y en el pudor. Le inquieta el temor de que se pervierta, porque él, que es perverso, sabe lo que sufre el que no es bueno. Pues bien, la maldición del anciano alcanzará a Triboulet en la única cosa que ama en el mundo, en su hija. El rey, a quien Triboulet induce a robar mujeres, robará al bufón su hija, y éste se verá castigado por la Providencia del mismo modo que Saint-Vallier. Cuando verá a su hija deshonrada y perdida, tenderá al rey un lazo para vengarla, pero también en este lazo caerá su hija. Triboulet tiene dos discípulos, el rey y su hija: al rey lo arrastra al vicio y a Blanca la encamina hacia la virtud. El uno pierde al otro: el bufón quiere robar para el rey la esposa de M. de Cossé, y roba su propia hija; quiere asesinar al rey para vengarla y es su hija la que recibe la puñalada. El castigo no se detiene en la mitad del camino; la maldición del padre de Diana cae de lleno sobre el padre de Blanca. No nos toca a nosotros decidir si este enredo encierra interés dramático; pero es claro, es evidente, es indudable que entraña una idea moral. En el fondo de algunas obras del autor se ve la fatalidad, pero en el fondo de ésta se ve la Providencia.

Repetimos que no discutimos aquí con la policía, a la que no queremos hacer tanto honor, sino con la parte del público a la que pueda parecer necesaria esta discusión.

¿Si el drama en su parte de inventiva es moral, será inmoral en su ejecución? Propuesta la cuestión de este modo, ella misma se defiende: probablemente nadie

encontrará nada inmoral en los actos primero y segundo. ¿Parecerá acaso inmoral la situación del tercero? Leed ese tercer acto, y luego nos diréis con probidad que la impresión que os causa es profundamente casta, virtuosa y honrada.

¿Será inmoral el cuarto acto? ¿Desde cuándo no es permitido a un rey cortejar en la escena a una moza de posada? Esto no es nuevo, ni en la historia ni en el teatro; os diremos más: hasta la misma historia nos autorizaba para presentar en público a Francisco I, ebrio en los tabucos de la calle del Pelícano. Llevar el rey a una casa pública no sería tampoco nuevo; esto se ve en el teatro griego, que es clásico; esto se ve en Shakespeare, que representa el teatro romántico; pero esto no pasa en EL REY SE DIVIERTE. El autor del drama conoce todo lo que se refiere de la casa de Saltabadil; pero ¿por qué quieren hacerle decir lo que no ha dicho? ¿Por qué se le hace traspasar a la fuerza un límite que no traspasa? La Magdalena, tan calumniada, de su obra, no es tan descarada como las Lisetas y las Martas del teatro antiguo. La cabaña de Saltabadil es una hostería, una taberna sospechosa, una madriguera, pero no es un lupanar. Es un lugar siniestro, terrible y espantoso, pero no es un lugar obsceno.

Quedan, pues, por juzgar los detalles del estilo. El autor acepta por jueces de la austera severidad de su estilo a los mismos que se escandalizan de las palabras que pronuncia la nodriza de Julieta y el padre de Ofelia, a los que se escandalizan de Beaumarchais y de Regnard en la *Escuela de las mujeres* y en el *Anfitrión.* Pero donde el autor ha creído necesario ser franco, ha creído que debía serlo de su cuenta y riesgo, aunque siempre con gravedad y con mesura, pues le gusta el arte casto, pero no el arte gazmoño.

He aquí la obra contra la que el Ministerio intentó sublevar tantas prevenciones, acusándola de inmoralidad. El gobierno tenía motivos secretos para concitar contra EL REY SE DIVIERTE la mayoría posible de preocupaciones, y hubiera deseado que el público la ahogase sin conocerla, como para vengar un agravio imaginario; hubiera querido ahogarla como Otelo ahoga a Desdémona; pero como esto no sucedió, Yago tuvo que arrojar la máscara y encargarse de ello. Al día siguiente del estreno se prohibió de orden superior la representación de la obra.

Si por un instante aceptamos la hipótesis ridícula de que en esta ocasión, únicamente el celo por la moral pública mueve a nuestros gobernantes, que, escandalizados al ver el desenfreno de ciertos teatros, desean hacer un escarmiento contra ley y contra derecho con una obra y con un escritor, sería extraña la elección de la obra, y mucho más la elección del autor. En efecto; ¿a quién el poder miope ataca tan extrañamente? A un escritor cuyo talento es discutible, pero no su carácter; a un hombre de bien a toda prueba, ser raro y venerable en esa época; a un poeta a quien indigna la licencia en los teatros, y que hace dieciocho meses, al susurrarse que iba a establecerse la censura, fue con otros poetas dramáticos a advertir al ministro que viera lo que hacía, pero reclamando en voz alta una ley represiva para los excesos del teatro, a la vez que protestaba contra la censura, como seguramente recordará el ministro. El autor de EL REY SE DIVIERTE es un artista que se ha consagrado al arte, que jamás ha buscado éxitos por medios indignos, y que se ha acostumbrado toda su vida a mirar al público cara a cara; es un hombre sincero, que ha combatido más de una vez por la libertad y contra todo lo arbitrario; que en 1829 rechazó la indemnización que el gobierno de entonces le prometía por haberle prohibido representar *Marion de Lorme;* y que después

de 1830, esto es, después de la Revolución de Julio, se negó contra su propio interés a permitir la representación del susodicho drama.

Ahora juzgad con conocimiento de causa: a una parte están el autor y su obra, y a otra el Ministerio y sus actos. Después de destruir la supuesta moralidad de esta obra, vamos a señalar el verdadero motivo de prohibir sus representaciones, motivo de antesala de corte y secreto, motivo que no se revela por pudor. Pero ha transpirado ya hasta el público, y como el público lo ha adivinado, no seremos más explícitos. Acaso sea útil a nuestra causa dar a nuestros adversarios ejemplo de cortesía y de moderación, y que los particulares den al gobierno lecciones de dignidad y de prudencia y el perseguido al que le persigue. Nosotros no somos de los que tratan de curar las propias heridas emponzoñando las ajenas. Realmente hay en el tercer acto de este drama un verso en el que la torpe sagacidad de algunos familiares de palacio ha descubierto una alusión, en la que el público ni el autor habían pensado hasta entonces, pero que después de denunciarle como a tal se convierte en sangrienta y cruel injuria. Ese solo verso ha sido suficiente para que el *Teatro Francés* recibiera la orden de no presentar ya a la curiosidad del público la frasecilla sediciosa EL REY SE DIVIERTE. Este verso, que es un hierro candente, no le vamos a citar, ni aun nos ocuparemos de él en otra parte más que en el último extremo, en el caso de que se coartase nuestra defensa.

No queremos hacer revivir antiguos escándalos históricos ahorrando en lo posible a una persona de altísima jerarquía las consecuencias de aturdimientos palaciegos. Hasta un rey puede hacérsele la guerra generosamente, y así hacemos; pero piensen los poderosos lo conveniente que es tener por amigo al que sólo puede aplastar con la censura las alusiones que se le dirigen.

Tampoco sabemos si seremos indulgente hasta con el Ministerio. El gobierno de Julio es un recién nacido, sólo cuenta treinta meses de vida, está en la cuna, por decirlo así, y le acometen rabietas infantiles. No merece que se gaste con él mucha cólera viril. Cuando crezca veremos.

Mirando la cuestión desde el punto de vista privado, la confiscación de la obra de que se trata inspira quizá más lástima al autor de este drama que a cualquier otro. En efecto, hace catorce años que escribe, y casi todas sus obras han merecido el malhadado honor de escogerse para campo de batalla en cuanto aparecen en la escena. No ha escrito obra que no haya desaparecido más o menos pronto, moviendo ruido y haciendo polvo y humo. Por lo tanto, cuando da una obra al teatro, lo que le importa, viendo que no debe esperar que el auditorio se entere el día del estreno, es que obtenga una serie de representaciones. Si el primer día ahoga su voz el tumulto y no puede comprender el público el pensamiento del drama, los días siguientes puede rectificar la impresión del primer día. *Hernani* consiguió cincuenta y tres representaciones, *Marion de Lorme* sesenta y una, pero EL REY SE DIVIERTE, gracias al atropello oficial, sólo se representó una vez. El perjuicio ocasionado al autor es considerable, porque nadie es ya capaz de ofrecerle, intacta y bajo el punto de vista en que estaba colocada, esta tercera experiencia dramática, tan importante para él.

Es curioso el momento de transición política en que nos encontramos; es uno de esos instantes de fatiga general, en los que los actos más despóticos son posibles en esta sociedad, tan penetrada de ideas de emancipación y de libertad. Francia corrió mucho y de prisa en 1830, haciendo tres buenas jornadas, tres grandes etapas en el camino de la

civilización y del progreso. Ahora hay ya muchos fatigados y que, faltos de aliento, piden que se haga alto, pretendiendo detener a los espíritus generosos que no se cansan y que se empenan en seguir adelante. Quieren esperar a los rezagados que se quedaron atrás y darles tiempo para que les alcancen. De esto nace un temor tan singular a todo lo que anda, a todo lo que se menea, a todo lo que habla, a todo lo que piensa. Es situación extraña, fácil de comprender, pero difícil de definir.

En nuestra opinión, el gobierno abusa de la predisposición al reposo y del miedo a nuevas revoluciones; nos tiraniza en pequeña escala, y se equivoca para él y para nosotros. Si cree que ahora son indiferentes para los espíritus las ideas de libertad, se engaña; lo que tienen es cansancio, y llegará un día en que se le pida estrecha cuenta de los actos ilegales que acumula contra nosotros de algún tiempo a esta parte. Hace dos años podía temer que se turbase el orden, pero hoy debe temer coartar la libertad. Verdaderamente, causa profundo dolor ver cómo termina la Revolución de Julio: *Mulier formosa suyerne.*

Considerando la poca importancia que tiene el autor y la obra, la medida ministerial de que se trata no debía tener gran importancia. Sólo fue un desdichado golpe de Estado literario, que no tiene otro mérito que el de no desemparejar la colección de actos arbitrarios que le han precedido; pero si elevamos la cuestión, comprenderemos que aquí no se trata sólo de un drama y de un poeta, sino de la libertad y de la propiedad, y las dos están muy interesadas en esta cuestión. Se ventilan, pues, en ella altos y serios intereses, y aunque el autor se vea obligado a entablar este importante litigio por un sencillo proceso comercial contra el *Teatro Francés,* no pudiendo atacar directamente al Ministerio, que se ha parapetado detrás del *no ha lugar* del Consejo de Estado, espera que su causa aparecerá a los ojos de todo el mundo como una gran causa, el día en que la presente en la barra del tribunal consular, llevando la libertad en su mano derecha y la propiedad en su mano izquierda. El autor personalmente abogará por la independencia de su arte, y defenderá con energía su derecho, sin odio a nadie, pero también sin temor. Cuenta con el apoyo de todos, con el auxilio franco de la prensa, con la justicia de la opinión y con la equidad de los tribunales. No duda que triunfará y que se levantará el estado de sitio en la ciudad literaria lo mismo que en la ciudad política.

Cuando el autor reivindique intacta, inviolable y sagrada su libertad de poeta y de ciudadano, volverá pacíficamente a consagrarse al trabajo de toda su vida, del que se le arranca con violencia, y del que no hubiera querido separarse ni un instante. Desde luego, tiene que representar su papel político, que, aunque no lo buscó, se ve obligado a aceptar. En realidad, el poder que nos atropella no ganará mucho con que nosotros, hombres de arte, abandonemos nuestro trabajo tranquilo y solitario y vayamos a confundirnos, indignados, ofendidos y severos, con el público irreverente y burlón que hace quince años ve pasar entre silbidos a pobres diablos políticos, que creen haber edificado un edificio social porque todos los días van y vienen, sudando y jadeantes, a llevar y traer multitud de proyectos de ley desde las Tullerías al palacio de Borbón y desde el palacio de Borbón al Luxemburgo.

*30 de noviembre de 1832.*

PERSONAJES

EL REY FRANCISCO I
TRIBOULET
BLANCA
M. DE SAINT-VALLIER
SALTABADIL
MAGDALENA
CLEMENTE MAROT
M. DE PIEUNE
M. DE GORDES
M. DE PARDAILLAU
M. DE BRION
M. DE MONTCHENU
M. DE MONTMORENCY
M. DE COSSÉ
M. DE LA TOUR-LANDRY
MADAME DE COSSÉ
MADAME BERARDA
UN GENTIL HOMBRE DE LA REINA
UN PAJE DEL REY
UN MÉDICO
SEÑORES, PAJES, GENTE DEL PUEBLO.

# Acto primero

M. De Saint-Vallier

*Fiesta nocturna en el Louvre. Sala magnífica y muy alumbrada, que ocupan muchos caballeros y damas en traje de baile. Sirvientes traen y llevan platos de oro y vajilla de esmalte. Grupos de damas y caballeros. La fiesta toca a su fin. El alba blanquea ya las vidrieras. La arquitectura, los muebles y los trajes son del gusto del Renacimiento.*

## Escena primera

EL REY, *vestido como lo retrató el Ticiano,* y M. DE LA TOUR-LANDRY.

EL REY. -Me propongo seguir hasta el fin esta aventura,conde; indudablemente, es mujer de oscuro linaje, de la clase media, pero encantadora.

LA TOUR. -¿Y la encontráis en la iglesia?

REY. -En San Germán, donde voy todos los domingos.

LA TOUR. -¡Pues la estáis encontrando ya dos meses!

REY. -Sí.

LA TOUR. -¿Y dónde vive?

REY. -En el callejón de Bussy.

LA TOUR. -¿Cerca del palacio de Cossé?

REY. -Sí, cerca de sus altas paredes.

LA TOUR. -¿Y la perseguís, señor?

REY. -La persigo inútilmente, porque siempre va con ella una vieja adusta que la vigila.

LA TOUR. -¿De veras?

REY. -Lo curioso es que por la noche entra en la casa un hombre misterioso, embozado en la capa.

LA TOUR. -Pues haced vos lo mismo.

REY. -No es eso fácil.

LA TOUR. -Cuando vuestra majestad sigue a la dama, ¿notáis en algo que os corresponda?

REY. -Por ciertas miradas comprendo que no le inspiro odio.

LA TOUR. -¿Sabe que la ama el rey?

REY. -No, porque yo la sigo disfrazado.

LA TOUR. -Entonces...

*Entran* TRIBOULET y muchos *señores.*

REY. (*A* LA TOUR.) -Vienen, mucho silencio. En amor hay que saber callar para conseguir. (*A* TRIBOULET, *que ha oído estas últimas palabras.*) ¿No es verdad?

TRIBOULET. -El misterio es la única envoltura donde las intrigas amorosas están seguras.

## Escena II

EL REY, TRIBOULET, M. DE GORDES *y muchos caballeros.* EL REY *contempla un grupo de damas que pasan.*

LA TOUR. -Es divina la señora Vendôme.

GORDES. -No lo Son menos la de Alba y la de Montchevreuil.

REY. -Pero la de Cossé las aventaja a todas.

GORDES. -Bajad la voz, señor, que su esposo lo está oyendo.

*Indicándole a* M. COSSÉ, *que pasa por el fondo.*

REY. -Nada me importa.

GORDES. -Irá a decírselo a Diana.

REY. -¡Que vaya!

*Va al fondo a hablar con otras damas que pasan.*

TRIBOULET. (*A* GORDES.) -Acabará por enojar a Diana de Poitiers, a la que no ve hace ocho días.

GORDES. -¿Si querrá remitírsela a su marido?

TRIBOULET. -Creo que no.

GORDES. -Ha pagado el perdón de su padre, y en paz.

TRIBOULET. -A propósito de Saint-Vallier, ¿qué capricho tuvo este viejo estrafalario de casar a su hija Diana, que es hermosa y angelical, con un senescal jorobado?

GORDES. -Porque su padre es un viejo loco. Me encontraba yo al pie del cadalso en el momento mismo en que el rey le perdonó, y le oí decir estas palabras: « ¡Dios guarde al rey!» Pero ahora está loco de remate.

REY. (A MAD. DE COSSÉ.) -¿Sois tan cruel que vais a partir?

MAD. COSSÉ. (Suspirando.) -Voy a Soissons, donde me lleva mi esposo.

REY. -¿No es lástima que cuando vuestros hermosos ojos inflaman los corazones de los grandes señores de París, cuando deslumbráis en la corte con el resplandor de vuestra hermosura, os vayáis como astro humilde a brillar en un cielo de provincia, despreciando señores y príncipes?

MAD. COSSÉ. -Calmaos.

REY. -Es original capricho apagar la luz en medio del baile.

(*Entra* M. COSSÉ.)

MAD. COSSÉ. -Aquí viene mi celoso. (*Se aparta del* REY.)

REY. -¡El diablo se lo lleve! (*A* TRIBOULET.) No por eso he dejado de echar muchas flores a su mujer. ¿Te ha enseñado Marot los últimos versos que he compuesto?

TRIBOULET. -No leo nunca vuestros versos: los versos de los reyes siempre son malos.

REY. -¡Eres muy chusco!

TRIBOULET. -Dejad que escriba versos la plebe... Vos cortejad a las mujeres hermosas y Marot que las dedique coplas.

REY. -Si no estuviera viendo ahora a madame de Coislin, mandaba que te dieran azotes.

(*Corre hacia la* COISLIN, *a la que dirige algunas galanterías.*)

TRIBOULET. -(¡Todas le gustan!)

GORDES. -Mira en aquella puerta a la Cossé. Apuesto cualquier cosa a que va a dejar caer un guante para que el rey lo recoja.

TRIBOULET. -Observemos.

(MADAME DE COSSÉ, *que ve con despecho que el* REY *hable con la* COISLIN, *deja caer el ramo que lleva en la mano; el* REY *lo recoge y entabla con la dama un diálogo al parecer tierno.*)

GORDES. -¿No te lo dije?

TRIBOULET. -Sí, Sí; la mujer es un diablo perfeccionado.

(*El* REY *besa la mano a la dama; mientras habla, entra su esposa por la puerta del fondo.* M. DE COSSÉ *se detiene mirando el grupo que forman su esposa y el Rey.*)

GORDES. -¡El marido!

MAD. COSSÉ. -(Separémonos.)

TRIBOULET. -¿Qué vendrá a hacer aquí ese barrigudo?

COSSÉ. -(¿Qué se estarían diciendo?)

LA TOUR. (*A* COSSÉ.)-¿Sabéis que vuestra esposa es bellísima?

GORDES. (A COSSÉ.)-¿En qué estáis pensando? ¿Por qué miráis de reojo?

TRIBOULET. -¿Por qué estáis tan cariacontecido? (*Suelta éste una carcajada y da las espaldas al desdichado marido, que se va furioso.*)

REY. -A mi lado, Hércules y el mismo Júpiter Olímpico son futuros ridículos. Estoy entre mujeres bellísimas y soy dichoso. ¿Y tú? (*A* TRIBOULET.)

TRIBOULET. -¿YO? *Yo* estoy entre bastidores y me *río* de la función; vos gozáis y yo critico. *Vos sois* dichoso como rey y yo corno jorobado.

REY. (Mirando a M. DE COSSÉ, *que acaba de entrar.*)- Sólo ése agua la fiesta. ¿Qué te parece?

TRIBOULET. -Un mentecato.

REY. -Excepto ese celoso, todo lo demás me gusta, Triboulet; soy muy dichoso y es cosa excelente vivir.

TRIBOULET. -Ya lo creo, señor; ¡estáis ebrio!

REY. -Allá a lo lejos descubro los hermosos ojos y los bellísimos brazos...

TRIBOULET. -¿De la señora de Cossé?

REY. -Sí; ven, me guardarás las espaldas.

Escena III

GORDES, PARDAILLAU, PAJE, VIC, CLEMENTE MAROT, AYUDA DE CÁMARA DEL REY. *Después* PIEUNE. *De vez en cuando* COSSÉ *se pasea serio y pensativo.*

MAROT. -¿Qué se dice por ahí?

GORDES. -Nada... que la fiesta es magnífica y que el rey se divierte.

MAROT. -Pues que el rey se divierte es una gran noticia.

COSSÉ. -Gran desgracia, digo yo, porque es peligroso que el rey se divierta. (*Pasa adelante*.)

GORDES. -Ese pobre gordinflón lleva la muerte en el alma.

MAROT. -Parece que el rey acosa mucho a su mujer.

*Entra* M. DE PIEUNE.

GORDES. -Aquí está nuestro duque.

PIEUNE. (*Con misterio*.) -Noticia, amigos míos. Oíd una cosa capaz de marear a cualquiera; oíd una noticia risible, admirable, inverosímil...

GORDES. -¿Qué noticia?

PIEUNE. -¡Silencio! ¡Venid aquí, Marot!

MAROT. -¿Qué hay, señor?

PIEUNE. -¡Que no creía que erais necio!

MAROT. -¿Por qué lo decís?

PIEUNE. -He leído en vuestra composición sobre el sitio de Pesquiere que decís a Triboulet: «Loco de cabeza desmochada, tan necio a los treinta años como el día en que nació.» Repito que sois un necio.

MAROT. -Que me maldiga Cupido si os comprendo.

PIEUNE. -Pues que os maldiga. Amigos míos, adivinad si podéis el caso extraordinario que le ocurre a Triboulet.

PARDAILLAU. -¿Se le ha caído la joroba?

COSSÉ. -¿Le han nombrado condestable?

MAROT. -¿Le han servido asado en la mesa?

PIEUNE. -Algo más gracioso que todo eso. ¡Si es increíble! Tiene...

GORDES. -¿Un desafío con Gargantúa?

PIEUNE. -No.

PARDAILLAU. -¿Un mono más feo que él?

PIEUNE. -No.

MAROT. -¿El bolsillo lleno de escudos?

PIEUNE. -Apuesto ciento contra diez a que no lo adiviináis. Triboulet el bufón tiene algo exorbitante, que es...

MAROT. -Una joroba.

PIEUNE. -No, una querida.

*Todos se echan a reír.*

MAROT. -¡Qué chistoso está el duque!

PARDAILLAU. -¡Es una noticia muy graciosa!

PIEUNE. -Señores, os juro que os he de enseñar la casa de la dama. Todas las noches va allí, embozado en la capa, con aspecto sombrío y altivo, como un poeta en ayunas. Al rondar yo cerca del palacio de Cossé he descubierto ese secreto y os suplico que lo guardéis.

MAROT. -¡Triboulet transformado por la noche en Cupido!

PARDAILLAU. -¡Triboulet tiene una mujer! (*Riendo*.)

*Todos se ríen.*

¿Sabéis decirme por qué el rey sale todos los días al oscurecer y sólo en busca de aventuras?

PIEUNE. -Vic nos dirá eso.

VIC. -Lo único que puedo afirmar es que el rey se divierte.

COSSÉ. -¡No habléis de eso!

VIC. -Pero no sé a qué parte el viento empuja sus caprichos, ni si sale de noche disfrazado, ni si entra o no por alguna ventana; no estando casado, amigos míos, eso no me importa.

COSSÉ. (*Moviendo la cabeza*.) -Los veteranos en la corte, señores, saben que el rey torna en casa ajena cuanto le place. Debe guardarse de él el que tenga hermana, esposa o hija. El poderoso que está de buen humor no piensa más que en perjudicar, y hay motivos para temerle; la boca que ríe enseña los dientes.

VIC. (*Bajo a los otros*.) -¡Qué miedo tiene al rey!

PARDAILLAU. -No le tiene tanto su mujer.

MAROT. -Por eso se espanta el marido.

GORDES. -No tenéis razón, Cossé. Es conveniente que el rey se mantenga alegre, contento, y que sea pródigo.

PIEUNE. -Soy de tu opinión, conde. El rey que se fastidia es como una doncella vestida de negro o como un verano lluvioso.

PARDAILLAU. -O como un amor sin querellas.

MAROT. -El rey viene hacia aquí con Cupido Triboulet.

*Entra* el REY y TRIBOULET. *Los cortesanos se apartan respetuosamente.*

## Escena IV

*Dichos, el* REY *y* TRIBOULET

TRIBOULET. (*Continuando una conversación*.) -Es una rara monstruosidad que haya sabios en la corte.

REY. -Eso puedes decírselo a mi hermana la reina de Navarra, que quiere rodearme de sabios.

TRIBOULET. -Debo deciros, señor, que he bebido menos que vuestra majestad; por lo que para juzgar con acierto de las cosas y de los resultados de todo, os llevo una ventaja, o por mejor decir dos: no estar alegre y no ser rey. Antes que sabios, señor, traed aquí la peste y la fiebre amarilla.

REY. -Poco me halaga ese consejo.

TRIBOULET. -Porque vuestra hermana os aconseja mal al deciros que traigáis sabios; no os hace falta más que lo que tenéis: placeres, poder, conquistas y mujeres aéreas que perfumen vuestras fiestas.

REY. -Mi hermana Margarita me dijo una noche en voz baja que las mujeres no me satisfarán siempre, y que cuando me hastíe de ellas...

TRIBOULET. -¡Es una absurda medicina recetar sabios al que se hastía! Ya sabéis que la reina Margarita está siempre por los remedios radicales.

REY. -Pues bien, no traeré sabios; traeré cinco o seis poetas...

TRIBOULET. -Señor, si yo fuera lo que sois vos, tendría más miedo a un poeta que teme Belcebú a un hisopo rociado con agua bendita.

REY. -Cinco o seis nada más.

TRIBOULET. -Cinco o seis es tener una academia. Nos basta con Marot para envenenarnos a todos.

MAROT. -Muchas gracias.

TRIBOULET. -Las mujeres, señor, son lo único bueno que hay en el cielo y en la tierra; y ya que poseéis las que se os antojan, no volváis a acordaros de los sabios.

REY. -No creas que esa idea me roba el sueño.

*Se ríe el grupo de los cortesanos que está en el fondo.*

Creo que aquellos galanes se ríen de ti.

TRIBOULET. -Creo que se ríen de otro loco.

*Se acerca a ellos el bufón y luego vuelve hacia el* REY.

REY. -¿De quién se ríen?

TRIBOULET. -Del rey.

REY. -¿Y qué dicen?

TRIBOULET. -Que sois un avaro, y que los favores y el dinero van a parar a Navarra; que no hacéis nada por ellos.

REY. -Veo que están allí Montchenu, Brion y Montmorency.

TRIBOULET. -Pues ésos son los que murmuran.

REY. -Son insaciables: al uno le nombré almirante, al otro condestable y a Montchenu mayordomo de palacio. ¡Todavía no están contentos!...

TRIBOULET. -Todavía con justicia podríais proporcionarles algo.

REY. -¿Qué?

TRIBOULET. -La horca.

PIEUNE. (*A los tres aludidos*.) -¿Habéis oído lo que dice Triboulet?

BRION. -Sí.

MONTMORENCY. -Me la pagará.

MONTCHENU. -Es un miserable.

TRIBOULET. -Señor, debéis encontrar en el alma un vacío, que debe causarlo no tener a vuestro alrededor una mujer cuyas miradas os digan que no, pero cuyo corazón os diga que sí.

REY. -¡Qué sabes tú de eso!

TRIBOULET. -Que nos amen corazones deslumbrados, no es ser verdaderamente amados.

REY. -¿Qué sabes tú si hay o no hay mujer que me ame por mí mismo?

TRIBOULET. -¿Sin conoceros?

REY. -Sin conocerme. (*No comprometeré a mi beldad del callejón de Bussy*.)

TRIBOULET. -¿Es villana?

REY. -¿Por qué no?

TRIBOULET. -Desconfiad de las villanas y no os arriesguéis a amarlas. Los hombres de esta clase suelen ser feroces romanos, que en cuanto se pone la mano en su tesoro, nos dejan en la mano las señales; los locos y los reyes debemos concretarnos a las esposas y a las hermanas de los cortesanos.

REY. -Me daría por satisfecho con conseguir el cariño de la señora de Cossé.

TRIBOULET. -Tomáosle.

REY. -Eso es fácil de decir y difícil de lograr.

TRIBOULET. -Robémosla esta misma noche.

REY. -¿Y el conde?

TRIBOULET. -Le encerraremos en la Bastilla.

REY. -¡Oh, no!

TRIBOULET. -Pues para que no se queje, ascendedle a duque.

REY. -Es celoso como un plebeyo y rechazaría el título.

TRIBOULET. -Es un hombre que nos incomoda mucho, porque no se puede pagarle ni desterrarle.

M. DE COSSÉ, *que se ha acercado por detrás, escucha la conversación.* TRIBOULET *se da una palmada en la frente y dice con alegría:*

Hay un medio sencillo, cómodo y fácil que no sé cómo no se me ha ocurrido antes. Cortarle la cabeza.

M. DE COSSÉ *retrocede asustado.*

Finjamos que está metido en una conspiración con España o con Roma.

COSSÉ. -¡Jorobado de Satanás!

REY. (*Riendo, halagando a* COSSÉ.) -¿Por mi fe de caballero, qué has dicho? ¿Cortarle la cabeza?

COSSÉ. -¡Cortarme la cabeza!

TRIBOULET. -¿Y qué?

REY. (*Bajo*.) -No le desesperes.

TRIBOULET. -¡Qué diablos!, ¿para qué sirve ser rey, si no se puede satisfacer el menor capricho?

COSSÉ. (*Estoy consternado*.) -Yo te castigaré, tunante.

TRIBOULET. -No os temo. Me rodean poderosos, a los que hago la guerra, y la hago impunemente, porque todo lo que puedo arriesgar es una cabeza de loco. Lo único que temo es que la joroba me entre en el cuerpo, o que me caiga en la barriga, como a vos, porque me afearía mucho.

COSSÉ. (*Echando mano de la espada*.) -¡Miserable!

REY. -Deteneos, conde. Ven, bufón.

GORDES. -El rey se desternilla de risa.

PARDAILLAU. -Poco necesita para eso.

MAROT. -Es muy curioso un rey que se divierte.

*En cuanto se alejan el* REY *y el bufón, se acercan los cortesanos al proscenio y persiguen a* TRIBOULET *Con Miradas de odio.*

BRION. -Venguémonos del bufón.

TODOS. -Sí, Sí.

MAROT. -Está acorazado y no sé por dónde le podamos herir.

PIEUNE. -Yo os lo diré. Todos tenemos con él algún resentimiento y todos nos vengaremos. Esta tarde al anochecer acudid armados al callejón de Bussy, junto al palacio de Cossé.... y no hablemos ya más de él.

MAROT. -Ya comprendo.

PIEUNE. -¿Estamos de acuerdo?

TODOS. -Sí.

PIEUNE. -Vienen, ¡silencio!

*Vuelven* TRIBOULET y el REY *rodeado de damas.*

TRIBOULET. -(*¿A quién jugaré una mala pasada? ¿Al rey?*)

*Entra un ujier.*

UJIER. (*Bajo a* TRIBOULET.) -Un anciano vestido de negro, que dice que se llama Saint-Vallier, desea ver al rey.

TRIBOULET. -¡Pardiez! Déjale entrar. Que entre, que dará aquí un buen escándalo.

*Ruido y tumulto en la puerta principal del fondo.*

UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Quiero hablar al rey!

REY. -¿Quién se atreve a tanto?

Voz. -¡Quiero hablar al rey!

*Un anciano vestido de luto se abre paso y se presenta delante del* REY*; los cortesanos, sorprendidos, se apartan.*

## Escena V

*Dichos y* SAINT-VALLIER

VALLIER. -Vengo a hablaros. (*Al* REY.)

REY. -¡Caballero de Saint-Vallier!

VALLIER. -Efectivamente, ése soy yo.

*El* REY, *colérico, da uno paso hacia él; el bufón lo detiene.*

TRIBOULET. -Permitidme, señor, que yo le eche un discurso. (*Tomando una actitud dramática*.) Monseñor, habéis conspirado contra Nos, y Nos, como rey bondadoso y clemente, os hemos perdonado. ¿Por qué deseáis ahora tener nietos, hijos de vuestro yerno, que está mal conformado, que es tuerto, velludo, descolorido, y que tiene tanta barriga como M. Cossé y tanta joroba como yo? El que vea a su lado a vuestra hija, de seguro se burlará de él. Si el rey no interviniera en este asunto, seríais tan desgraciado, que tendríais nietos deformes, ridículos, barrigudos como este caballero y jorobados como yo.

*El señor* COSSÉ *está sumamente indignado; los cortesanos aplauden al bufón y ríen a carcajadas.*

VALLIER. (*Sin mirar al bufón*.) -¡Eso es un insulto más! Escuchadme, señor, como debéis, ya que sois rey. Un día me hicisteis conducir descalzo a la plaza de la Grève, y al ir a subir a la horca me enviasteis el perdón; os bendije entonces, ignorando lo que en su fondo ocultaba vuestro perdón, ignorando que en él escondíais mi deshonra. Sin respetar a una raza antiquísima, a la raza de los Poitiers, noble desde hace mil años, mientras yo regresaba de la Grève, rogando a Dios que os concediera muchos años de vida, vos, Francisco de Valois, sin temor, sin piedad y sin pudor, deshonrasteis y envilecisteis a Diana de Poitiers, condesa de Brezé. Mi casta Diana, mientras yo esperaba la muerte, corría al Louvre a comprar mi perdón; y el rey, consagrado caballero por Bayardo, puso precio a su honor, y el tablado horrible que levantó el verdugo aquella mañana, tenía que servir de patíbulo al padre o de lecho a la hija. ¡Oh, Dios, que nos juzgáis! ¿Qué os pareció desde el cielo ver revolcarse, ensangrentada y sucia, la lujuria real disfrazada de clemencia?... Mal obrasteis, señor; en buena hora que me hubierais sacrificado; sabiendo que yo pertenecía al bando del condestable, merecía castigo y me resignaba a sufrirlo; pero sacrificar a una joven inocente y tímida es una hazaña impía que ha de castigar el cielo. El padre os pertenecía, pero la hija no. ¿Soy acaso ingrato porque no me resigno a aceptar vuestro perdón? Si en vez de abusar de Diana hubierais entrado en mi calabozo a proponérmelo, os hubiera contestado: «Matadme, pero respetad a mi hija y respetad mi honor. Prefiero la muerte a la afrenta; aunque también es decapitar a un cristiano, a un conde y a un caballero, arrebatarle el honor.» Esto os hubiera contestado. Entonces, aquella misma noche, en la iglesia, sobre mi ensangrentado féretro, mi honrada hija Diana hubiera podido orar por un padre honrado. No vengo a pediros a mi hija; el que no tiene honor no tiene ya familia. Que os ame o no con amor insensato, nada me importa ya; después de que le habéis hecho perder la vergüenza, retenedla en vuestro poder. Pero me propongo venir a turbar todos vuestros festejos; y hasta que un padre, un hermano o un marido me vengue de vos, lo que tarde o temprano sucederá, me veréis penetrar en todos vuestros banquetes y deciros siempre: «Habéis obrado mal.» Y me tendréis que escuchar avergonzado hasta que yo termine. Para obligarme a callar, pensaréis en entregarme al verdugo; pero no os atreveréis: tendréis miedo de que venga a hablaros mi espectro con la cabeza en la mano.

REY, (*Sofocado de cólera*.) -¡Es inverosímil tanta audacia y tanto delirio! (*A* PIEUNE.) Duque prended a ese lenguaraz.

*El duque hace una seña y dos alabarderos se colocan a uno y otro lado de* SAINT-VALLIER.

VALLIER. (*Levantando los brazos*.) -Malditos seáis los dos. (*Al* REY.) Hacéis mal en soltar un perro contra el león moribundo. (*A* TRIBOULET.) Y tú, bufón viperino, que has escarnecido el dolor de un padre, ¡maldito, maldito seas!

FIN DEL ACTO PRIMERO

# Acto segundo

Saltabadil

*El rincón más desierto del callejón sin salida de Bussy. A la derecha una casita de reservada apariencia, con un pequeño patio, rodeado de pared, que ocupa una parte del teatro. En el patio hay algunos árboles y un banco de piedra. En la pared una puerta que da a la calle, y encima de la pared una galería con arcadas del estilo Renacimiento. La puerta del primer piso de la casa da a la terraza, que se comunica con el patio por medio de una escalera. A la izquierda del teatro se ven las altas tapias del jardín del palacio de Cossé. En el fondo casas lejanas y el campanario de San Severo.*

## Escena primera

TRIBOULET y SALTABADIL. *A su tiempo* PIEUNE *y* GORDES *por el foro.*

TRIBOULET, *embozado, aparece en la calle y se dirige hacia la puerta de la pared de la casa.* SALTABADIL, *vestido de negro y embozado también, y con espada cuya punta asoma por debajo de la capa, va siguiéndole los pasos.*

TRIBOULET. -¡Cómo me maldijo aquel anciano!

SALTABADIL. (*Acercándosele*.) -¡Caballero!...

TRIBOULET. -¡Ah! (*Registrándose los bolsillos*.) No llevo dinero.

SALTABADIL. -¡Qué diablo! Tampoco os lo pido.

TRIBOULET. -Entonces, alejaos de aquí.

*Salen* PIEUNE *y* GORDES, *que se quedan en el foro observando*.

SALTABADIL. -Me habéis juzgado mal; soy hombre de armas.

TRIBOULET. -(*¿Será algún ladrón?*)

SALTABADIL. -No temáis nada. Veo que rondáis por aquí todas las noches, y presumo que vigiláis a alguna mujer.

TRIBOULET. -No acostumbro a revelar a nadie mis secretos.

*Quiere marcharse y* SALTABADIL *lo retiene.*

SALTABADIL. -Por vuestro propio interés me inmiscuyo yo en los vuestros. Si me conocierais me trataríais mejor.

*Acercándosele más.*

¿Ha puesto acaso algún fatuo los ojos en vuestra mujer? ¿Estáis celoso?

TRIBOULET. -Acabemos. ¿Qué es lo que queréis?

SALTABADIL. -Si me dais una buena propina hago desaparecer a vuestro rival.

TRIBOULET. -¡Ah! Bien, muy bien.

SALTABADIL. -Ya veis que soy hombre honrado.

TRIBOULET. -¡Pardiez!

SALTABADIL. -Y que os sigo con buenas intenciones.

TRIBOULET. -En efecto, sois un hombre útil.

SALTABADIL. -Soy el guardián del honor de las damas de la ciudad.

TRIBOULET. -¿Y cuánto cobráis por matar a un rival?

SALTABADIL. -Según sea éste y según la habilidad que se necesite.

TRIBOULET. -Por despachar a un gran señor.

SALTABADIL. -Los grandes señores van muy bien armados; por consiguiente, hay que dar y recibir. Un gran señor es caro.

TRIBOULET. -¡Caro! ¿Acaso los villanos se dejan matar?

SALTABADIL. -Pero matar a un gran señor es cosa de lujo, y por regla general sólo se lo permiten los hombres bien nacidos. Hay quien, gastando una buena cantidad, quiere echársela de caballero y se vale de mí, dándome la mitad antes y después la otra mitad.

TRIBOULET. -Cómo os exponéis a ir a la horca...

SALTABADIL. -No..., porque pagamos nuestros derechos a la policía.

TRIBOULET. -¿A tanto por hombre?

SALTABADIL. -Pues... A menos que... no mate uno al mismo rey.

TRIBOULET. -¿Y cómo te lo arreglas?

SALTABADIL. -Mato en la ciudad o en mi casa, según me exigen.

TRIBOULET. -Eres muy considerado.

SALTABADIL. -Para trabajar fuera de casa tengo un estoque agudo y muy bien templado; me escondo, acecho a la víctima y...

TRIBOULET. -¿Y dentro de casa?

SALTABADIL. -Tengo allí a mi hermana Magdalena, que es una moza tan gentil como fuerte y atrevida, que baila en las calles y en las plazas, y que atrae el galán a casa y...

TRIBOULET. -Ya comprendo.

SALTABADIL. -Pero esto se hace sin ruido, decentemente. Hacedme el encargo y os juro que quedaréis contento. No soy hombre de puñal, como los bandidos, que se juntan ocho o diez para no hacer nada. Ved el instrumento que yo gasto.

*Saca una daga desmesuradamente larga.*

TRIBOULET. (*Retrocediendo*.) -Por ahora no la necesito; mil gracias.

SALTABADIL. (*Envainando la espada*.) -Pues cuando me necesitéis me encontraréis siempre a mediodía paseándome por la fonda del Maine. Me llamo Saltabadil.

TRIBOULET. -¿Sois gitano?

SALTABADIL. -Y borgoñón.

GORDES. (*Tomando nota.*) -Es un hombre que no tiene precio, y apunto su nombre.

SALTABADIL. -No penséis mal de mí.

TRIBOULET. -¡No! ¡Qué diablo! Es preciso tener algún oficio.

SALTABADIL. -O ser un mendigo, un holgazán o un miserable. Tengo cuatro hijos.

TRIBOULET. -Que debéis educar... Ea, adiós. (*Despidiéndole*.)

PIEUNE. (*A* GORDES.) -Aún hay bastante luz y temo que Triboulet nos vea. (*Se van* GORDES *y* PIEUNE.)

TRIBOULET. -Buenas tardes.

SALTABADIL. -Estoy siempre a vuestras órdenes. (*Se va.*)

TRIBOULET. -Nos parecemos los dos; yo tengo la lengua acerada y él la espada puntiaguda. Yo soy el hombre que ríe y él es el hombre que mata.

## Escena II

### TRIBOULET *Solo*

*El bufón abre cautelosamente la puerta que da al patio, después quita la llave y la vuelve a cerrar por dentro, dando algunos pasos por el patio, preocupado e inquieto.*

¡Cómo me maldijo el anciano!... ¡Mientras me maldecía me estuve burlando, pero interiormente me espantó su maldición. (*Se sienta en el banco, junto a la mesa de piedra*.) La naturaleza y los hombres me han hecho perverso, cruel y cobarde. Me pone rabioso ser bufón y ser deforme, y este pensamiento nunca me abandona, ni cuando velo ni cuando duermo. ¡Ser el bufón de la corte, y sin querer y sin ganas tener la obligación de hacer reír! Esto es un exceso de oprobio y de miseria. Ni siquiera tengo el derecho de que pueden usar los soldados reunidos alrededor de su bandera; ni el derecho que tiene el mendigo español, y el esclavo de Túnez, y el forzado en la galera, y todo hombre que respira: el derecho de llorar cuando quiere; cuando, triste y despechado y con el disgusto que me causa mi deformidad, adusto y solitario, quiero recogerme para llorar mi desgracia, se me aparece de improviso mi señor, mi señor omnipotente, mi señor dichoso, el hermoso rey de Francia, que me da un puntapié y me dice bostezando: «Bufón, hazme reír.» Odio al rey y a los señores; les hago pagar caros sus desprecios y busco bien mis desquites. Soy el demonio familiar que aconseja, que tienta a su amo, y que en cuanto puede agarrar entre sus uñas un corazón lo destroza o lo mata. Vosotros me hicisteis perverso y me vengo de vosotros. Pero no es vivir mezclar la hiel en el vino con que los otros se embriagan, pasar por un genio maléfico en los festines, turbar la dicha de los que gozan, desear el mal ajeno y guardar y esconder tras burlona sonrisa un odio eterno que me envenena el corazón. (*Levantándose del banco de piedra.*) Pero al llegar aquí me olvido de todo: soy otro hombre al pasar esa puerta. Se me borra de la memoria el mundo de donde salgo. Aquí no debo traer nada de él. ¡Cómo me maldijo el anciano!... ¿Por qué me perseguirá con tal insistencia este pavoroso recuerdo? ¡Con tal de que no me suceda ninguna desgracia! ¡Bah! Soy un necio.

*Se acerca a la puerta de la casa y llama; abren y aparece una joven vestida de blanco, que le abraza con alegría.*

## Escena II

### TRIBOULET, BLANCA *y en seguida la* SEÑORA BERARDA

TRIBOULET. -¡Hija mía! Abrázame bien. A tu lado todo me sonríe. ¡Qué feliz soy contigo! Eres más hermosa cada día. No careces de nada, ¿es verdad? ¿Estás bien aquí?

BLANCA. -¡Qué bueno sois, padre mío!

TRIBOULET. -Es porque tú eres para mí la vida y la felicidad; si tú no existieras, ¿qué sería de mí?

BLANCA. -¡Estáis suspirando! ¿Tenéis pesares secretos? Confiádselos a vuestra hija. ¡Ah! Aún no sé quién es mi familia.

TRIBOULET. -No tienes familia, hija mía.

BLANCA. -Ignoro hasta vuestro nombre.

TRIBOULET. -¿Qué te importa cómo me llamo si te adoro?

BLANCA. -Los vecinos de la pequeña aldea donde me crié me creían huérfana antes de que vinieseis a recogerme.

TRIBOULET. -Lo más prudente hubiera sido que te hubieras quedado allí. Pero yo no podía vivir lejos de tu lado, y tenía necesidad de que un ser me amase. Mira, no salgas de casa.

BLANCA. -En los dos meses que hace que estoy en esta casa, apenas he ido ocho veces a la iglesia.

TRIBOULET. -Por compasión no despiertes en mí tan amargo pensamiento, no me recuerdes que en otro tiempo encontré una mujer distinta de las otras mujeres, que tuvo lástima de mí al verme solo, aborrecido y despreciado, y me amó por mi miseria y por mi deformidad. Murió llevándose consigo a la tumba el secreto de un amor fiel, que pasó por la vida para mí como un relámpago. ¡Séale la tierra ligera! Desde entonces tú sola me quedas en el mundo.

BLANCA. -Padre mío, si lloráis me partís el corazón.

TRIBOULET. (*Amargamente.*) -¿Pues qué te sucedería si me vieras reír?

BLANCA. -¿Qué tenéis, padre mío? Depositad en mi pecho todas vuestras penas.

TRIBOULET. -No.... no. Soy tu padre y basta. Fuera de aquí, unos me temen, otros me desprecian, y hasta hay quien me maldice. ¿Qué conseguirás con saber mi nombre? Quiero al menos en este rincón del mundo, a tu lado, aquí donde habita la inocencia, ser sólo para ti padre cariñoso y augusto.

BLANCA. -¡Padre mío!

TRIBOULET. (*Abrazándola*.) -Te amo tanto como odio a todos los demás. Siéntate a mi lado y hablemos. ¿Quieres mucho a tu padre? Tú, mi querida Blanca, eres la única felicidad que el cielo me ha concedido: otros tienen padres, hermanos, amigos, esposas, vasallos, muchos hijos, ¿qué sé yo? Yo sólo tengo a mi hija. Otros son ricos y tú eres mi riqueza. ¡Oh, si llegara a perderte..., no podría soportarlo!... Mírame y sonríete: cuando te sonríes te pareces a tu madre, que también era muy hermosa.

BLANCA. -Quisiera poderos hacer feliz.

TRIBOULET. -¡Si soy muy feliz contigo! ¡Qué hermosos son tus cabellos negros! (*Acariciándolos*.) Cuando niña eras rubia. ¡Quién lo había de decir!

BLANCA. -Una tarde, antes de oscurecer, quisiera salir un poco para ver París.

TRIBOULET. (*Con ímpetu.*)-¡Eso jamás! ¿Has salido alguna vez con Berarda?

BLANCA. -No, no.

TRIBOULET. -¡Cuidado!

BLANCA. -Sólo he ido a la iglesia.

TRIBOULET. -(*Si la vieran, la seguirían y quizá me la robaran. La hija de un bufón no inspira respeto, y causaría risa deshonrarla.*) Te suplico, Blanca mía, que permanezcas viviendo encerrada aquí. Respirar el aire de París es malsano para las mujeres. ¡Si supieras cuántos libertinos hay en la ciudad, sobre todo entre los señores!

BLANCA. -No os hablaré más de salir. No lloréis por eso, padre mío.

TRIBOULET. -Esto me alivia. Lloro porque reí mucho anoche.... pero ya anochece y es tiempo de ir a ponerme el collar. (*Levantándose*.) Adiós.

BLANCA. -¿Volveréis pronto?

TRIBOULET. -Sí.... aunque yo no soy dueño de hacer lo que quiero. ¡Berarda! (*Llamando*.)

*Aparece en la puerta de la casa una dueña vieja.*

BERARDA. -Señor...

TRIBOULET. -¿Habéis notado si cuando vengo me ve alguien entrar?

BERARDA. -Nadie, señor. ¡Si esto es un desierto!

*Es casi de noche. En la calle, y a la otra parte de la tapia, aparece el* REY *disfrazado con traje oscuro y sencillo, y examina la altura de la pared y la puerta cerrada, dando muestras de impaciencia y de despecho.*

TRIBOULET. -Adiós, hija mía. (*Abrazándola*.) ¿Habéis cerrado bien la puerta que da al terraplén? (*A la dueña*.)

BERARDA. -Sí, señor.

TRIBOULET. -A espaldas de San Germán me han dicho que hay otra casa más retirada que ésta todavía. Mañana iré a verla.

BLANCA. -Padre mío, ésta me gusta por la terraza, desde la que se ven jardines.

TRIBOULET. -¡Por Dios, no subas a la terraza! (*Escuchando*.) Parece que andan por fuera de la puerta.

*Va a la puerta del patio, la abre y mira a la calle con inquietud. El* REY *se ha ocultado en un hueco que hay cerca de la puerta, que deja entreabierta* TRIBOULET.

BLANCA. -¿No puedo salir por las tardes a respirar un rato en la terraza?

TRIBOULET. -Te podrían ver, y no pongáis nunca luz en la ventana, Berarda.

*El* REY, *a espaldas del bufón, por la puerta entreabierta se desliza en el patio y se esconde tras un árbol.*

BERARDA. -¿Y cómo queréis que entre aquí ningún hombre?

BERARDA *se vuelve y apercibe al* REY *detrás de ella. Al momento que va a gritar, el* REY *le tapa la boca y le pone en la mano una bolsa, que ella aprieta.*

BLANCA. -¿Para qué tomáis tantas precauciones? ¿Qué teméis, padre mío?

TRIBOULET. -Por mí nada, por ti todo. Adiós, hija mía.

*Un rayo de luz de la linterna que tiene la dueña en la mano alumbra al padre y a la hija.*

REY. -(*¡Es Triboulet! ¡Y mi desconocida es su hija! ¡Curiosa historia!*)

TRIBOULET. (*Volviendo desde la puerta*.) -Decidme: ¿cuando vais a la iglesia os sigue alguno?

BLANCA *inclina los ojos al suelo.*

BERARDA. -¡Jesús! Nadie.

TRIBOULET. -Si os siguiera alguno pedid auxilio.

BERARDA. -Desde luego.

TRIBOULET. -Y si llaman a la puerta no abráis nunca.

BERARDA. -¿Aunque fuese el rey?

TRIBOULET. -Sobre todo si es el rey.

*Abraza por última vez a su hija y sale, cerrando tras sí la puerta.*

## Escena IV

BLANCA, BERARDA *y el* REY, *escondido detrás del árbol.*

BLANCA. -Tengo así como un remordimiento...

BERARDA. -¿De qué?

BLANCA. -¡Como mi padre de todo se alarma y se espanta!... Debía haberle dicho que los domingos cuando vamos a misa nos sigue un galán. Aquel gallardo mozo que tú sabes.

BERARDA. -Niña, esas cosas no se deben referir a los padres, y más cuando son, como el vuestro, huraños y raros. ¿Pero os es antipático ese mozo?

BLANCA. -Al contrario..., desde que le vi estoy siempre pensando en él. Desde el día que sus ojos hablaron a los míos, le tengo siempre presente y me parece que soy suya... ¡Ilusiones infantiles! Me parece que es más alto que los demás hombres, y muy altivo y muy arrogante.

BERARDA. -Realmente es un buen mozo.

*Pasa cerca del* REY, *que le da un puñado de monedas.*

BLANCA. -El hombre debe ser así.

BERARDA. -Parece caballero y noble.

*Tendiendo la mano al* REY, *que vuelve a darle dinero.*

BLANCA. -A sus ojos se asoma un gran corazón.

BERARDA. -Verdaderamente que es así.

*A cada palabra que dice tiende la mano al* REY, *que le sigue dando monedas.*

BLANCA. -Debe de ser valiente.

BERARDA. -Temerario.

BLANCA. -Tierno.

BERARDA. -Y generoso. (*Alargando la mano*.)

REY. -(Como la vieja me admira al pormenor, me ha dejado exhausto.)

BERARDA. -Se conoce que es un gran señor.

BLANCA. -Pues yo, en vez de un noble o un príncipe, quisiera que fuera un pobre estudiante.... así me amaría más...

BERARDA. -¡Es posible! (¡Qué mal gusto tienen estas jóvenes! Pues que ya debe haberse quedado sin blanca, no le elogio más.)

BLANCA. -¡Cuánto tardan en venir los domingos! Cuando no le veo estoy triste. El otro día, al llegar la misa al Ofertorio, creí que me iba a hablar, y el corazón me saltaba de alegría en el pecho. Creo que mi amor también le absorbe, y estoy cierta de que lleva mi imagen grabada en el alma. Creo que para él no existen juegos ni diversiones.... creo que no piensa más que en mí. Hay noches que sueño en él y que creo tenerlo aquí, delante de mis ojos...

*Sale el* REY *de su escondite y se arrodilla a sus pies, mientras ella mira al otro lado.*

Y que le digo: Estate contento, sé feliz.... porque yo te a...

*Se vuelve, ve al* REY *y se para petrificada.*

REY. -¡Te amo! Acaba de decirlo. Nada temas. ¡Suenan tan bien esas palabras, pronunciadas por tus graciosos labios!

BLANCA. (*Asustada, buscando con la vista a la dueña que ha desaparecido.*)-¡Berarda! ¡No está! ¡Oh Dios!

REY. (*Siempre de rodillas.*) -Los amantes dichosos deben estar solos.

BLANCA. (*Temblando.*) -¿De dónde salís?

REY. -Del infierno o del cielo. Que yo sea Satanás o Gabriel, nada debe importaros si os amo.

BLANCA. -¡Oh Dios, tened compasión de mí! Creo que nadie os habrá visto entrar, pero salid, porque si mi padre...

REY. -¡Que salga de aquí cuando te tengo en mis brazos, cuando te pertenezco y me perteneces! Me has dicho que me amas.

BLANCA. (*Confundida.*) -(¡Lo ha oído!)

REY. -¿Qué armonía más divina hubiera podido oír?

BLANCA. -Pues ahora que habéis conseguido hablarme, os suplico que salgáis de aquí.

REY. -No debo salir, porque mi suerte está ligada a la tuya, porque vengo a despertar tu corazón de niña, y el cielo me ha elegido para que abra el amor tu alma virginal y tus ojos a la luz, porque el amor es el sol del alma. No hay en la tierra, donde todo es efímero, más que una cosa durable y divina, el amor. ¡Oh Blanca! Tu rendido amante te trae la felicidad que tímidamente esperabas. ¡Oh, amémonos, vida mía!

*Quiere abrazarla y ella le rechaza.*

BLANCA. -Dejadme, por Dios.

*El* REY *la estrecha al fin en sus brazos y la besa.*

BERARDA. (*Desde el fondo.*) -(Esto va viento en popa.)

REY. -Dime que me amas.

BERARDA. -(¡Truhán!)

BLANCA. (*Inclinando los ojos al suelo*) -Ya lo habéis oído, ya lo sabéis.

REY. -¡Soy dichoso!

BLANCA. -¡Estoy perdida!

REY. -No; eres feliz conmigo.

BLANCA. -Sois un extraño para mí; decidme cómo os llamáis.

BERARDA. -(Ya es tiempo de que lo sepa.)

BLANCA. -No seréis un gran señor; ¡mi padre les teme tanto!

REY. -No lo soy; me llamo Gaucher Mahiet; soy un pobre estudiante.

BERARDA. -(¡Embustero!)

*Entran en la calle* PIEUNE *y* PARDAILLAU, *embozados y con una linterna sorda en la mano.*

PIEUNE. -Aquí es.

BERARDA *baja precipitadamente de la terraza y avisa a* BLANCA.

BERARDA. -Hablan en la calle.

BLANCA. (*Espantada.*) -Quizá sea mi padre.

BERARDA. -Partid, caballero.

REY. -¡Si pudiera apoderarme del que así me estorba! BLANCA. (*A* BERARDA.) -Hazle salir por la puerta que da al muelle.

REY. -¡Separarme de ti tan pronto! ¿Me amarás mañana?

BLANCA. -¿Y vos?

REY. -Toda la vida.

BLANCA. -Me engañaréis, porque engaño yo a mi padre.

REY. -Nunca. Ahora, Blanca, un beso de despedida.

BERARDA. -(Es muy besucón.)

BLANCA. -No, no.

*El* REY *la besa y sigue a la dueña;* BLANCA *los sigue con la vista. Entretanto aparecen en la calle varios caballeros armados y con máscaras. Noche oscurísima. Los caballeros, que han ocultado la linterna sorda bajo las capas, se entienden por señas. Les sigue un criado llevando una escala.*

## Escena V

*Los* CABALLEROS, *luego* TRIBOULET *y después* BLANCA

BLANCA *aparece en la puerta del primer piso, en la terraza; lleva en la mano una luz, que alumbra su rostro.*

BLANCA. -Se llama Gaucher Mahiet el hombre que yo adoro.

PIEUNE. -Señores, allí está.

PARDAILLAU. -Es Verdad.

GORDES. -Será alguna beldad vulgar.

PIEUNE. -¿Te gusta, conde?

MAROT. -No es fea la villana.

GORDES. -Es un hada, un ángel, una diosa.

PARDAILLAU. -Pues es la manceba del hipócrita bufón.

GORDES. -Es un tunante.

MAROT. -La más hermosa siempre le toca al más feo, porque Júpiter se complace en cruzar las razas.

BLANCA *se retira por donde ha salido y se ve la luz al través de la ventana.*

PIEUNE. -Señores, no perdamos el tiempo. Resolvimos castigar a Triboulet, y con ese objeto hemos venido aquí provistos de una escala. Escalemos, pues, las paredes y robémosle a su compañera; llevémosla al Louvre, y que al levantarse mañana el rey se la encuentre en palacio.

COSSÉ. -Si el rey interviene en esto...

MAROT. -El diablo desenredará la trama.

PIEUNE. -Pues ea, manos a la obra.

GORDES. -Verdaderamente esa mujer es bocado de rey.

*Sale* TRIBOULET.

TRIBOULET. -(Vuelvo..., ¿a qué? No sé por qué vuelvo.)

COSSÉ. (*A los otros*.) -¿Señores, decidme si os parece bien que el rey sople la dama a todo el mundo? Querría yo saber lo que diría si alguno le escamotease la reina.

TRIBOULET. -(No puedo olvidarme de la maldición del anciano.... ¡estoy perturbado!)

*La oscuridad es tan densa que no ve a* GORDES, *con el que tropieza al pasar.*

¿Quién es?

GORDES. -¡Es Triboulet, señores!

COSSÉ. -Doble victoria; matemos al traidor.

PIEUNE. -Eso no.

COSSÉ. -Está en nuestro poder,

PIEUNE. -Sí; pero ¿quién nos divertirá mañana?

GORDES. -Nos estorbará.

MAROT. -Yo le hablaré y lo arreglaré todo.

TRIBOULET. -(Parece que hablan en voz baja.)

MAROT. (*Acercándosele*.) -¿Triboulet?

TRIBOULET. -¿Quién es?

MAROT. -No te asustes; soy yo.

TRIBOULET. -¿Quién eres tú?

MAROT.-Marot.

TRIBOULET. -¡Cómo está tan oscuro!... ¿Qué ocurre?

MAROT. -Venimos.... ¿no lo adivinas?

TRIBOULET. -No.

MAROT. -Pues venimos a robar para el rey a la esposa del señor Cossé.

TRIBOULET. (*Respirando.*)-¡Ah! ¡Magnífica idea!

COSSÉ. -(¡Estoy por romperle la cabeza!)

TRIBOULET. -¿Cómo os arreglaréis para llegar hasta su aposento?

MAROT. (*A* COSSÉ.) -(Dadme la llave de vuestra casa.)

COSSÉ *se la entrega a* MAROT *y éste la trasmite a* TRIBOULET. *El bufón tienta la llave y reconoce en ella el cincelado blasón del conde.*

TRIBOULET. -Sí, ésta es; tiene tres hojas de sierra, que constituye su blasón. (Soy tan necio, que me había imaginado otra cosa.) Pues si venís a robarla, ahí tenéis el palacio de su marido.

MAROT. -Con ese objeto venimos todos enmascarados.

TRIBOULET. -Pues dadme también una mascarilla.

MAROT *le pone una máscara, añadiéndole una venda que le ata sobre los ojos y sobre las orejas.*

¿Y ahora qué vamos a hacer?

MAROT. -Ahora nos sostendrás la escala.

*Los caballeros suben por la escala, fuerzan la puerta del primer piso que da a, la terraza y penetran en la casa. Poco después uno de ellos aparece en el patio y abre la puerta; luego el grupo de los caballeros baja al patio y franquea dicha puerta, llevándose a* BLANCA, *desceñida y despeinada, que resiste todo lo que puede.*

BLANCA. -¡Padre, padre mío! ¡Socorro!...

LOS CABALLEROS. -¡Victoria!

*Desaparecen llevándose a* BLANCA.

TRIBOULET. (*Que se ha quedado solo al pie de la escalera.*) -¡Me están haciendo pasar aquí el purgatorio! Deben haber acabado ya.

*Suelta la escala, se lleva la mano a la mascarilla y se encuentra con la venda.*

¡Los tunantes me han vendado los ojos!

*Se arranca la venda y la mascarilla. A la luz de la linterna sorda que han dejado olvidado en el suelo ve un objeto blanco, lo recoge y reconoce que es el velo de su hija. Se vuelve y ve que la escala está apoyada en la pared de su terraza y la puerta de su casa abierta. Entra en la casa como un loco, y reaparece un momento después,*

*arrastrando a la dueña amordazada y casi desnuda. La contempla con estupor, luego se mesa los cabellos lanzando gritos inarticulados, y al fin recobra la palabra y grita sordamente:*

¡Ha caído sobre mí la maldición del anciano!

*Cae sin sentido.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# Acto tercero

## El rey

Escena primera

LOS CABALLEROS

GORDES. -Vamos a preparar el desenlace de la aventura. Es Preciso que Triboulet se atormente y se desespere, sin dejarle sospechar que hemos traído aquí a su adorada.

COSSÉ. -Que la busque es muy natural..., pero si los porteros han visto cómo la introducíamos esta noche...

MONTCHENU. -Hemos mandado ya a todos los ujieres de palacio que digan que no han visto entrar esta noche a ninguna mujer.

PARDAILLAU. -Además, uno de mis lacayos, muy hábil en esta clase de intrigas, ha ido a desorientar al bufón diciéndole que a medianoche él vio que llevaban a la fuerza a una mujer al palacio de Haltefort.

COSSÉ. (*Riendo*.)-Pues ese palacio está muy lejos del Louvre.

GORDES. -Apretémosle la venda que le ciega.

MAROT. -Yo le he escrito esta mañana este billete: (*Saca un papel y lee*.) «Acabo de robarte tu beldad, amigo Triboulet, y para que sepas de ella, te participo que la saco de Francia.»

*Todos se ríen.*

GORDES. -¿Quién lo firma?

MAROT. -Juan de Nivelles.

*Nuevas carcajadas.*

PARDAILLAU. -La buscará como un desesperado.

COSSÉ. -Pensándolo me divierto ya.

GORDES. -El maldito bufón nos va a pagar en un día todas sus deudas atrasadas.

*Ábrese la puerta lateral y entra el* REY *con* PIEUNE. *Todos los cortesanos se descubren y abren paso. El* REY *y* PIEUNE *vienen riendo a carcajadas.*

REY. -¿Está ahí la hermosa?

PIEUNE. -¿La manceba de Triboulet?

REY. -En verdad que soplarle la dama a mi bufón es cosa que causa risa. (No le creía padre de familia.)

PIEUNE. -¿Quiere verla vuestra majestad?

REY-¡Ya lo creo!

*Vase el duque y vuelve sosteniendo a* BLANCA, *velada y vacilante. El* REY *se sienta.*

PIEUNE. -Entrad, hermosa mía, y no tembléis, que os encontráis en presencia del rey.

BLANCA. -¡Aquel joven es el rey!

*Con rapidez se arrodilla a sus pies; al oír la voz de* BLANCA *el* REY *se estremece y hace señal a todos de que salgan.*

## Escena II

*El* REY *y* BLANCA

*En cuanto se quedan solos, el* REY *le levanta el velo.*

REY. -¡Blanca!

BLANCA. -¡Es Gaucher Mahiet!

REY. (*Riendo.*) -A fe de caballero que estoy muy contento de mi invención. Blanca, amor mío, ven a mis brazos.

BLANCA. (*Retrocediendo*.) -¡El rey! ¡El rey! Dejadme, señor. Ya no sé cómo hablaros ni qué os he de decir. ¡Tened compasión de mí!

REY. -¿Qué te tenga compasión, yo que te adoro? Lo que te dijo Gaucher Mahiet te lo repite el rey Francisco. Me amas y te adoro y seremos felices. Ser rey no nos priva de estar enamorados. Eras una inocente, que creías que era yo un estudiante; pero porque la casualidad me haya hecho nacer más alto, porque sea rey, no es motivo para que me rechaces y me aborrezcas. Nada importa que yo no haya nacido patán para quererte.

BLANCA. -(¡Parece que se burla, Dios mío! ¡Quisiera morir en este instante!)

REY. -Tu porvenir Y el mío serán de hoy en adelante las fiestas, las danzas, los torneos, los diálogos de amor en el fondo de los bosques, y cien y cien placeres que las sombras cubrirán con sus alas. Seremos dos amantes felices. La vida, Blanca, se reduce

a muy poco: toda la sabiduría humana se reduce a honrar a Dios Padre, a amar, comer, beber y gozar.

BLANCA. (*Aterrada y retrocediendo*.) -¡Qué diferente es del ideal de mis sueños!

REY. -¿Me suponías acaso amante tímido y tembloroso, uno de esos hombres fríos y lúgubres, que creen que basta para cautivar los corazones de las mujeres exhalar suspiros y exclamaciones?

BLANCA. (*Rechazándole*.) -¡Dejadme! ¡Desdichada de mí!

REY-¿No sabes que yo soy la Francia entera, que represento quince millones de almas, la riqueza, el honor, el placer y el poder sin cortapisa? Pues todo eso es mío; soy el rey, y tú, Blanca, serás la reina.

BLANCA. -¡La reina! ¿Y vuestra esposa?

REY. (*Riendo.*) -¡Virtud de la inocencia! Mi mujer no es mi favorita.

BLANCA. -¡Vuestra favorita! ¡Oh, qué vergüenza!

*Tapándose la cara con las manos.*

REY. -¡Eres orgullosa!

BLANCA. -No soy vuestra, soy de mi padre.

REY. -Tu padre es mi bufón; es mi esclavo, y no puede querer más que lo que yo quiera.

BLANCA. (*Llorando amargamente*.) -¡Pobre padre mío!

REY. -Blanca, te juro que te adoro y no quiero que llores más. Quiero estrecharte contra mi corazón.

BLANCA. (*Retrocediendo.*) -Eso jamás.

REY. -¡Ingrata, no me has repetido que me amas!

BLANCA. -Ni lo repetiré ya.

REY. -Te ofendí sin querer; perdóname. No solloces como una mujer abandonada. Antes que arrancar lágrimas a tus ojos, quisiera morir y que mis vasallos me tuvieran por un rey débil y sin honor. Es un cobarde el rey que hace llorar a una mujer.

BLANCA. -¿No es cierto que esto ha sido una broma? Sabéis que mi padre me buscará llorando, y si sois rey, haced que en seguida me acompañen a su casa. Vivimos junto al palacio Cossé, demasiado lo sabéis. No comprendo nada de lo que me sucede. Varios enmascarados me han arrebatado lanzando gritos de alegría, y este

acontecimiento extraño rueda confuso por mi cerebro. (*Llorando.*) Ni siquiera sé ya si os amo. Cuando creo que sois rey, me causáis miedo.

REY. (*Queriendo tomarla en brazos*.) -¡Os causo miedo, ingrata!

BLANCA. (*Rechazándole*.) -Dejadme.

REY. -Un beso para que sepa que me perdonáis.

BLANCA. -No.

REY. (*Riendo.*) -(¡Qué extraña mujer!)

BLANCA. -Dejadme... Esta puerta...

*Ve la puerta de la cámara del* REY *abierta, se precipita por ella y la cierra con violencia.*

REY. (*Sacando una pequeña llave de oro de su cintura.*) -Yo tengo la llave.

*Cierra con llave dicha puerta.*

MAROT. (*Que ha estado observando desde el fondo*.) (La pobre muchacha, huyendo, se refugia ella misma en la cámara del rey.)

## Escena III

MAROT, LOS CABALLEROS *y después* TRIBOULET

GORDES. (*A* MAROT.) -¿Qué ha sucedido?

MAROT. -Que el león ha arrastrado a la oveja a su madriguera.

PARDAILLAU. (*Con alegría*.) -¡Pobre Triboulet!

PIEUNE. -Silencio, que viene.

GORDES. -Mucho disimulo.

MAROT. -A mí solo me puede reconocer, porque no habló más que conmigo.

PIEUNE. -Hagamos como que no sabemos nada.

*Entra* TRIBOULET. *Nada ha cambiado en él; únicamente está muy pálido.*

PIEUNE. (*Como continuando una conversación*.) -Entonces fue, señores, cuando inventaron esta copia:

Cuando Borbón fue a Marsella
dicen que dijo a su séquito:
¿Qué capitán, Dios bendito,
en la ciudad hallaremos?

TRIBOULET. (*Continuando la canción.*)

Del monte de la Colomba
es el paso muy estrecho,
Y subieron todos juntos,
mas soplándose los dedos.

*Risas y aplausos irónicos.*

TODOS. -¡Bravo!

TRIBOULET. (*Adelantado hacia el proscenio*.) -(¡Pobre hija mía! ¿Dónde estará?... ) (*Cantando*.)

*Y subieron todos juntos, mas soplándose los dedos.*

GORDES. (*Aplaudiendo*.) -¡Muy bien!

TRIBOULET. -(No hay duda que entre todos ellos me la robaron.)

COSSÉ. (*Riendo y dándole una palmada en el hombro.*) ¿Qué hay de nuevo, bufón?

TRIBOULET. -Este gentilhombre se ríe lúgubremente. (*Remedándole*.) ¿Qué hay de nuevo, bufón?

COSSÉ. (*Riendo*.) -Tú nos lo dirás.

TRIBOULET. -Que no la echéis de gracioso, porque aún estáis más horrible. (¿Dónde la habrán escondido?... Si se lo preguntase, se burlarían de mí.) (*Acercándose a* MAROT.) Me alegro que no te hayas constipado esta noche.

MAROT. -¡Esta noche!

TRIBOULET. -Ha sido una buena tostada.

MAROT. -¿Qué tostada?

TRIBOULET. -¡Bah!

MAROT. -Te aseguro que al toque de Ánimas estaba ya en la cama, y que cuando me desperté había ya algunas horas de sol.

TRIBOULET. -¿No has salido de casa esta noche? Entonces es que lo he soñado.

*Ve un pañuelo en una mesa y se echa encima de él.*

PARDAILLAU. -Mira, duque, cómo registra la marca de mi pañuelo.

TRIBOULET. (*Dejando caer al suelo el pañuelo.*) -(¡No es el suyo! ¿Dónde estará?)

PIEUNE. (*A* GORDES.) -¿Por qué te ríes tanto?

GORDES. -Porque tú nos haces reír.

TRIBOULET. -Están todos hoy muy risueños. ¿El rey no se ha levantado aún?

PIEUNE. -No lo sé.

TRIBOULET. -Parece que se oye ruido en su habitación.

*Va hacia allí y* PARDAILLAU *le detiene.*

PARDAILLAU. -No quiero que vayas a despertar a su majestad. GORDES. -Este diablo de Marot nos está refiriendo un cuento muy gracioso. Al volver los tres Guy, no sé de dónde, encontraron a sus tres mujeres...

MAROT. -Con otros tres que no eran sus maridos. TRIBOULET. -¡La moral ahora está muy relajada!

COSSÉ. -¡Son tan traidoras las mujeres!...

TRIBOULET. -¡Cuidado con lo que decís!

COSSÉ. -¿Por qué?

TRIBOULET. -Porque no hay que mentar la soga...

COSSÉ. -¿Qué dices?

TRIBOULET. (*Burlándosele en las narices.*) -En una aventura enteramente igual.

COSSÉ. -¡Hum!

TRIBOULET. -Señores, acertad cuál es el animal que cuando está furioso dice: ¡Hum!

*Todos se ríen. Entra* VANDRAGON.

PIEUNE. -¿Qué ocurre, Vandragon?

VANDRAGON. -La reina, mi señora, desea ver al rey para hablarle de un asunto urgente.

PIEUNE *le hace señal de que es imposible, pero el gentilhombre insiste.*

Sin embargo, no está con el rey la señora de Merze.

PIEUNE. -Es que el rey no se ha levantado todavía.

VANDRAGON. -¿No se ha levantado? Hace un instante estaba hablando con vosotros.

PIEUNE. (*Haciéndole señas que él no comprende*.) -El rey está de caza.

VANDRAGON. -No se caza sin pajes y sin monteros.

PIEUNE. -A ver si ahora me entendéis: el rey no quiere ver a nadie en estos momentos.

TRIBOULET. (*Con voz de trueno*.) -¡Entonces está aquí! ¡Entonces está con el rey!

*Se asombran todos los caballeros.*

GORDES. -El bufón está delirando.

TRIBOULET. -Bien sabéis todos a lo que me refiero: la mujer que anoche robasteis en mi casa está aquí y la recobraré.

PIEUNE. (*Riendo.)* -¡Triboulet ha perdido su querida! Pues, sea fea o sea hermosa, búscala en otra parte.

TRIBOULET. -He perdido a mi hija.

TODOS. -¡Su hija!

*Momento de sorpresa.*

TRIBOULET. (*Cruzando los brazos.*) -Es mi hija, y... reíos ahora. ¡Os habéis quedado mudos, os habéis sorprendido de que un bufón sea padre y de que tenga una hija!... Los lobos y los señores tienen familia; también yo la puedo tener. Basta de burlas.

*Con voz terrible.*

Sé que está aquí mi hija y quiero que me la devolváis.

*Los caballeros se colocan delante de la puerta y le impiden que pase.*

MAROT. -Su locura ha entrado en el período de la furia.

TRIBOULET. (*Retrocediendo con desesperación*.) -¿Es verdad que estos cortesanos, que estos bandidos, que esta raza de demonios me han robado a mi hija? Una mujer a sus ojos no vale nada: cuando el rey es un rey disoluto, las mujeres de los grandes

señores, si son hábiles, les hacen a éstos hacer carrera... El honor de una doncella es para ellos un lujo inútil, un tesoro oneroso. Una mujer debe ser un campo productivo, una heredad, cuyo real colono paga cada plazo, y por eso llueven sobre ellos favores, de no se sabe dónde; hoy un gobierno, mañana el collar del Toisón, y una porción de gracias que van en aumento cada día.

*Mirándoles cara a cara.*

¿Hay alguno entre vosotros que se atreva a desmentirme? No; porque todo lo venderíais, si no lo habéis vendido ya, por un título o por una vanidad cualquiera. Tú, Brion, a tu mujer; tú, Gordes, a tu hermana; tú, Pardaillau, a tu madre.

*Pausa.*

¡Quién me había de decir que los más ilustres personajes de la nación se juntarían para robarle la hija a un pobre hombre! Son indignos de nobles razas corazones tan viles; sin duda vuestras madres se prostituyeron a sus lacayos y sois todos bastardos.

GORDES. -¡Es muy chusco!

TRIBOULET. -¿Cuánto os ha dado el rey por haberle vendido mi hija? (*Mesándose el cabello*.) ¡Yo no tenía en el mundo más tesoro que ella! ¿Creerá el rey que puede, hacer algo por mí? ¿Darme un título como los vuestros? ¿Puede convertirme en gallardo, en hermoso como los demás! ¡No puede, y todo me lo ha quitado!... Señores, devolvedme mi hija al momento. Abridme esa puerta.

*Corre a pasar por la puerta otra vez y los cortesanos se lo vuelven a impedir. Lucha porfiadamente con ellos hasta caer de rodillas en el suelo.*

¡Todos juntos contra mí! ¡Diez contra uno! No me avergüenzo de llorar... (*Arrastrándose a los pies de los cortesanos*.) Ved cómo me arrastro a vuestras plantas pidiéndoos perdón... Estoy enfermo... ¡Tened piedad de mí! ¡Es mi único tesoro! ¡Oh, fatalidad! No sabéis más que reír o callar.

*Abrese de repente la puerta de la real cámara y aparece* BLANCA, *despavorida y desgreñada.*

BLANCA. -¡Padre mío!

TRIBOULET. -¡Ah, es mi hija! (*Recibiéndola en sus brazos.*) Señores, es toda mi familia, es mi ángel tutelar, y eran legítimos mis arrebatos y justas mis lágrimas. (*A* BLANCA.) No temas ya nada.... es una broma que te gastaron y que te habrá asustado mucho; pero estos señores son buenos, han conocido ya cuánto te amo, y desde hoy en adelante nos dejarán vivir en paz. ¡Qué dicha es volverte a abrazar, hija mía! Pero.... ¿por qué lloras?

BLANCA. (*Tapándose la cara avergonzada*.) -¡Somos muy desgraciados los dos!

TRIBOULET. (*Estremeciéndose.*) -¡Qué dices!

BLANCA. (*En voz baja a su padre*.) -No lo diré delante de nadie; sólo quiero ruborizarme ante vos.

*Cayendo a los pies de su padre.*

TRIBOULET. -(¡El infame! ¡Ella también!)

*Dando tres pasos y despidiendo a los desconcertados caballeros.*

Idos de aquí, y si el rey de Francia se atreviera a entrar, decidle que no entre, porque se encontrará conmigo.

PIEUNE. -No he visto nunca un loco semejante.

GORDES. -Con los locos y con los niños es preciso transigir. Estemos, sin embargo, a la mira por lo que pueda suceder.

*Se van los caballeros.*

TRIBOULET. (*Sentándose en el sillón del* REY *y con voz siniestra y tranquila*.) -Vamos, habla, dímelo todo.

## Escena IV

BLANCA *y* TRIBOULET

TRIBOULET. -Habla.

BLANCA. (*Entre sollozos*.) -Padre mío... Ayer se deslizó dentro de casa... Hace mucho tiempo que debía habéroslo dicho.... un joven que me seguía...

TRIBOULET. -Sí, el rey.

BLANCA. -Me seguía todos los domingos cuando iba a la iglesia...

TRIBOULET. -Sí, a oír misa.

BLANCA. -Nunca me había hablado, pero para llamarme la atención movía una silla cuando pasaba.... anoche consiguió introducirse en casa...

TRIBOULET. -Quiero ahorrarte la angustia que debe causarte decirme lo demás, porque ya lo adivino. (*Se levanta*.) ¡Oh rabia! Ha echado el oprobio y la vergüenza sobre tu frente pura, y su aliento corrompido, impregnando el aire que respiras, ha deshojado brutalmente tu virginal corona. ¡Y ha perdido, ha hundido en el barro inmundo la única alhaja que yo poseía en la tierra! ¡Qué será de mí después de esta fatal desgracia, de mí, que sólo veía en esta tierra prostituida el impudor, el vicio, el adulterio, la infamia y la crápula, y al levantar los ojos al cielo, sólo reposaba mi vista

recreándome en tu virginidad! ¡Pero ya está derribado el ídolo y el altar!... Esconde la frente; llora, hija mía, llora. Parte de los dolores a tu edad algunas veces los arrastra el llanto.

*Pausa.*

Blanca, cuando ya haya cumplido con mi deber, nos iremos de París... Si escapo con vida...

*Pausa.*

¡Quién me hubiera dicho que en un solo día había de cambiar mi suerte! ¡Rey Francisco I! ¡Plegue a Dios que me escucha, que pronto tropieces y caigas en la pendiente que sigues y por ella ruedes hasta el sepulcro!

BLANCA. (*Levantando los ojos al cielo*.) -(¡Oh Dios! ¡No le escuchéis, porque yo le amo!)

*Ruido de pasos por el foro. Aparecen en la galería exterior soldados y gentileshombres, a cuya cabeza va* PIEUNE.

PIEUNE. -Caballero Montchenu, mandad que abran la verja al señor de Saint-Vallier, al que conducen a la Bastilla.

*El grupo de soldados desfila a dos de fondo, y al pasar* SAINT-VALLIER, *a quien custodian, éste se detiene en la puerta del fondo.*

VALLIER. (*En alta voz.*) -Ya que a pesar de los ultrajes con que el rey me ofende sin cesar, mi maldición no encuentra, ni arriba ni abajo, una voz que la responda; ni un rayo en el cielo, ni un hombre vengador en la tierra, no espero ya nada. Ese rey continuará causando víctimas.

TRIBOULET. (*Levantando la frente y mirándole faz a faz*.) -Conde, os habéis equivocado. Vive un hombre en el mundo que os vengará.

FIN DEL ACTO TERCERO

# Acto cuarto

Blanca

Escena primera

TRIBOULET *y* BLANCA *fuera*, SALTABADIL *dentro de la casa* TRIBOULET *está inquieto y preocupado;* SALTABADIL, *sentado junto a la mesa, se ocupa en limpiar su tahalí.*

TRIBOULET. -¿Y tú le amas?

BLANCA. -Le amo y no le puedo olvidar.

TRIBOULET. -En vano dejé que pasara el tiempo para que te curara de ese amor insensato.

BLANCA. -En vano, padre mío.

TRIBOULET. -Explícame al menos por qué la amas.

BLANCA. -No lo sé.

TRIBOULET. -¿Porque es rey?

BLANCA. -No, no, no es por eso. Hay hombres que salvan las vidas a sus esposas, maridos que las hacen opulentas, pero no por eso les aman. Ese hombre sólo me ha causado daño, y sin embargo, le quiero sin saber por qué. Y llega a tal punto mi locura, que a pesar de ser vos tan tierno para mí y él tan cruel, lo mismo moriría por él que por vos.

TRIBOULET. -Eres muy niña y te perdono.

BLANCA. -Pero él también me ama.

TRIBOULET. -No lo creas, hija mía.

BLANCA. -Me lo dijo y me lo juró. Además, sus palabras convencen y avasallan el corazón, ¡porque es tan hermoso, tan gallardo!...

TRIBOULET. -Es un infame y no se jactará de robarme impunemente mi tesoro.

BLANCA. -Le habías perdonado ya, padre mío.

TRIBOULET. -No; sólo di treguas a mi venganza, mientras le tendía el lazo que le tengo ya preparado.

BLANCA. -Desde hace un mes creí que habíais concluido por querer al rey.

TRIBOULET. -Lo aparentaba, pero te vengaré, Blanca, te vengaré.

BLANCA. -¡Perdonadle, padre mío!

TRIBOULET. -Estarías como yo colérica contra él si te convencieras de que te está engañando.

BLANCA. -No, no puedo creer que me engañe.

TRIBOULET. -¿Si te convencieras por tus propios ojos, le seguirías amando?

BLANCA. -No lo sé..., ayer mismo me repitió que me adora.

TRIBOULET. -¿Cuándo? (*Amargamente*.)

BLANCA. -Por la noche.

TRIBOULET. -Pues ven aquí: mira si ves algo.

*Indicándole a* BLANCA *una grieta de la pared, por la que ella se pone a observar.*

BLANCA. -Sólo veo a un hombre.

TRIBOULET. -Espera un poco y sigue mirando.

*Aparece el* REY *vestido de simple oficial en la sala baja de la hostería, saliendo por la puertecilla de un aposento inmediato.*

BLANCA. (*Estremeciéndose*.) -¡Padre, es él!

*Sigue observando.*

## Escena II

*Los mismos, el* REY *y* MAGDALENA

*El* REY *le da una palmada en el hombro a* SALTABADIL, *que se vuelve de repente.*

SALTABADIL. -¿Qué se os ofrece?

REY. -Quiero dos cosas en seguida.

SALTABADIL. -¿Qué cosas?

REY. -Tu hermana y un vaso de vino.

TRIBOULET. -Ya ves sus costumbres: se mete en los tugurios, y el vino que más le gusta y más le alegra es el que le escancian impúdicas taberneras.

REY. (*Cantando*.)

«La mujer es movible
cual pluma al viento;
¡ay del que en ella fija
su pensamiento!...»

SALTARADIL, *Mientras trae de la pieza inmediata una botella y un vaso, que pone en la mesa, da dos golpes en el techo con el Pomo de la espada, y baja dando saltos en la escalera una moza vestida de gitana, ligera y risueña. En cuanto aparece, el* REY *quiere abrazarla, pero ella huye.*

REY. -Amigo mío, si limpiaras el tahalí al aire libre quedaría mejor.

SALTABADIL. -Comprendo.

*Se levanta, saluda y se va, abre la puerta de la calle y la cierra tras sí. Reconoce a* TRIBOULET *y se dirige a él; mientras cambian algunas palabras,* MAGDALENA *hace al* REY *algunas zalamerías, que* BLANCA *observa con terror.*

SALTABADIL. -El hombre ha caído en nuestras manos. ¿Queréis que viva o que muera?

TRIBOULET. -Volved dentro de un poco.

SALTABADIL *se va.*

MAGDALENA. -Digo que no.

REY. -Pues ya hemos adelantado algo. Ven aquí, no huyas y hablemos. Hace ocho días que me llevó Triboulet a la posada de Hércules, y allí fue donde por primera vez vi tus hermosos ojos; pues desde entonces te adoro y no amo a nadie más que a ti.

MAGDALENA. -Y a veinte más; tenéis trazas de ser un gran libertino.

REY. -Es verdad, he causado la desgracia de más de una.... soy un monstruo...

MAGDALENA. -¡Sois un fatuo!

REY. -Pero te digo la verdad: en fin, me has traído esta mañana a esta maldita hostería, en la que se come y bebe muy mal, pero en la que deseo pasar la noche.

MAGDALENA. -¡Claro está!

*El* REY *quiere abrazarla*.

Dejadme; os digo que no quiero.

REY. -¡Pues eres poco esquiva!

MAGDALENA. -Sed prudente.

REY. -La prudencia consiste en amar, comer, beber y gozar; ésta fue toda la sabiduría de Salomón.

MAGDALENA. -Me parece que vais menos al sermón que a la taberna.

REY. (*Tendiéndola los brazos*.) -¡Magdalena!

MAGDALENA. -Mañana.

REY. -La mujer hermosa no debe decir nunca mañana.

MAGDALENA. (*Sentándose por fin al lado del* REY.) -Pues hagamos las paces.

REY. (*Cogiéndole una mano*.) -¡Qué hermosa mano! Mejor recibiría bofetones de ésta que halagos de otra.

MAGDALENA. -¿No os burláis?

REY. -Hablo de veras.

MAGDALENA. -¡Sí soy fea!

REY. -¡Pardiez! No digas eso; haz más justicia a tus atractivos. Reina de las desdeñosas, estoy ardiendo como un volcán.

MAGDALENA. (*Riendo*.) -¿Eso lo habéis leído en algún libro?...

REY. -(Es posible.) Ea, déjate querer.

MAGDALENA. -Vamos, estáis ebrio.

REY. -Ebrio de amor.

MAGDALENA. -Os estáis burlando de mí.

REY. -No, no.

*Quiere abrazarla otra vez.*

MAGDALENA. -Basta.

REY. -Quiero casarme contigo.

MAGDALENA. (*Riendo*.) -¿Palabra de honor?

REY. -(¡Esta mujerzuela es deliciosa!)

*El* REY *la sienta en sus rodillas y hablan en voz baja.* BLANCA *no puede soportar ese espectáculo y se acerca, pálida y temblorosa, a* TRIBOULET*, que permanece inmóvil.*

TRIBOULET. -¿Ves cómo necesitamos vengarnos?

BLANCA. -¡No me esperaba del ingrato esa inicua traición! ¡Cómo me engañaba! ¡Es abominable que diga a esa mujer lo mismo que me ha dicho a mí! ¡Dios mío, a una mujer tan desvergonzada! ¡Oh!

*Ocultando la frente en el seno de su padre.*

TRIBOULET. -Calla y no llores, que yo te vengaré.

BLANCA. -Haced lo que queráis.

TRIBOULET. -Así te quería ver.

BLANCA. -Pero estáis terrible. ¿Qué plan meditáis?

TRIBOULET. -Todo lo tengo dispuesto; no te opongas a nada y obedéceme. Ve a casa, disfrázate de hombre, toma el dinero que necesites y un caballo y parte sin detenerte hasta Evreux, donde te alcanzaré yo mañana. En el cofre que hay debajo del retrato de tu madre está el traje de hombre que hice para ti; el caballo lo tienes ensillado. Cumple todas mis órdenes; parte y no vuelvas, porque aquí va a pasar algo terrible.

BLANCA. -Venid conmigo, padre mío.

TRIBOULET. -Ahora no puedo.

BLANCA. -¡Estoy temblando!

TRIBOULET. -Mañana nos veremos; haz lo que te he dicho.

BLANCA *se aleja con paso vacilante;* TRIBOULET *se acerca al parapeto de la playa, hace una señal y sale* SALTABADIL. *Está oscureciendo.*

## Escena III

TRIBOULET, SALTABADIL, MAGDALENA *y el* REY

TRIBOULET. -Me pides veinte escudos; aquí tienes diez adelantados. ¿Pasará aquí la noche?

SALTABADIL. -Creo que sí; se va cubriendo mucho el tiempo.

TRIBOULET. -(No siempre duerme en palacio.)

SALTABADIL. -Estad tranquilo, porque lloverá antes de una hora y la tempestad y mi hermana le detendrán toda la noche.

TRIBOULET. -A las doce volveré.

SALTABADIL. -No os molestéis; me basto y me sobro para echar al Sena un cadáver.

TRIBOULET. -Es que quiero echarlo yo.

SALTABADIL. -Eso es diferente; os lo entregaré cosido en un saco.

TRIBOULET. -Bien.... a medianoche os daré el resto.

SALTABADIL. -Pues os cumpliré fielmente. ¿Cómo se llama el galán?

TRIBOULET. -¿Quieres saber su nombre?

SALTABADIL. -Si no tenéis inconveniente...

TRIBOULET. -Te diré su nombre y el mío: él se llama *Crimen y yo Castigo.*

## Escena IV

*Los mismos menos* TRIBOULET

SALTABADIL. -La tempestad se acerca y no tardará en descargar. (*Relampaguea*.) Tanto mejor; de ese modo la playa estará completamente solitaria.

REY. -Magdalena... (*Queriendo cogerla por el talle.*)

MAGDALENA. -Esperad.

REY. -¡Maldita!

MAGDALENA. (*Cantando*.)

Sarmiento que brota
en el mes de abril,
poquísimo vino
echa en el barril.

REY. -¡Qué hombros! ¡Qué brazos!

*Se oye un trueno lejano.*

MAGDALENA. -Tened formalidad,que sube mi hermano.

REY. -Nada me importa que tu hermano suba.

*Óyese otro trueno.*

MAGDALENA. -¡Ay, qué miedo!

SALTABADIL. (*Entrando*.) -Va a llover a cántaros.

REY. -Que lluevan lanzas de punta, que yo estoy bajo techado, y no me disgustará pasar la noche aquí.

MAGDALENA. -Pero, señor, vuestra familia estará con cuidado...

REY. -No tengo abuelas, ni hijas, ni apego a nada.

SALTABADIL. -Tanto mejor.

*Empieza a llover muy fuerte y la noche está ya completamente cerrada.*

REY. (*A* SALTABADIL.) -Tú te acostarás en el establo, en el infierno o donde quieras.

SALTABADIL. -Muchas gracias.

MAGDALENA. (*Al* REY *en voz baja y con rapidez mientras enciende una luz.*) -¡Vete!

REY. -¡Está lloviendo! ¿Dónde quieres que vaya?

*El* REY *se asoma a la ventana.*

SALTABADIL. *(Enseñando a* MAGDALENA *el dinero que acaba de recibir.*) -(Me ha dado diez escudos de oro y luego me dará otros diez.) (*Al* REY.) Tengo el placer de ofrecer a monseñor mi aposento, para que pase en él la noche; si queréis verlo...

REY. Veámoslo.

SALTABADIL *toma la luz, el* REY *sigue al asesino al piso superior y* MAGDALENA *se queda donde estaba.*

MAGDALENA. -¡Pobre joven! (*Se asoma a la ventana.*)

¡Qué oscuro está todo!

SALTABADIL. -Aquí tenéis, monseñor, la cama, la silla y la mesa.

REY. -Magnífico. (*Acercándose a la ventana, cuyos vidrios están rotos*.) Además, aquí se tiene la ventaja de dormir al aire libre, porque las ventanas no tienen vidrios ni pasadores. En fin, buenas noches.

SALTABADIL. -¡Dios os guarde! (*Deja la luz y baja.)*

REY. (*Quitándose el tahalí*.) -¡Estoy muy rendido! Voy a ver si puedo dormir un poco mientras espero ser afortunado.

*Deja en la silla el sombrero y la espada, se quita las botas y se echa en la cama.*

Magdalena está muy frescota, es muy alegre y muy lista.... me parece que ha dejado la puerta abierta... ¡Claro está!

*Al poco rato se queda dormido.* MAGDALENA *y* SALTABADIL *están los dos en la sala de abajo. Ha estallado la tempestad. Ambos guardan silencio durante algún tiempo, como preocupados por una idea grave.*

MAGDALENA. -¡Es buen mozo ese militar!

SALTABADIL. -Tampoco a mí me disgusta, porque me hace ganar veinte escudos de oro.

MAGDALENA. -¿Cuántos?

SALTABADIL. -Veinte.

MAGDALENA. -Pues vale mucho más.

SALTABADIL-¡No seas niña! Sube a ver si duerme; tómale la espada y bájamela.

MAGDALENA *obedece. Aparece* BLANCA *por el foro, vestida de hombre con traje de montar; avanza hacia la casa, mientras* SALTABADIL *bebe y* MAGDALENA *contempla al* REY *dormido.*

MAGDALENA. -¡Qué confiado duerme! ¡Pobre joven!

*Le quita la espada.*

## Escena V

*El* REY *en el granero,* SALTABADIL *y* MAGDALENA *en la sala baja y* BLANCA *fuera de la casa.*

BLANCA. -Me hace perder el juicio pensar que va a pasar la noche en esta casa, y no sé por qué creo que se acerca para mí el instante supremo. Perdóname, padre, si te desobedezco; si vuelvo aquí es porque no he podido resistir a la tentación... ¿Qué quiere

hacer aquí y cómo terminará esto? Yo que vivía con los ojos cerrados, en completa ignorancia del mundo, me veo lanzada de repente en los tortuosos y difíciles caminos de la vida!... ¡Ay de mí, todo lo he perdido; virtud y felicidad! El ingrato ya no me ama... ¡Qué espantosa noche!... A todo se arriesga una mujer desesperada; a todo me arriesgo, yo que me asustaba de mi propia sombra. ¡Qué sucederá ahí dentro! ¡Matarán a alguno! (*Se pone a observar*.)

MAGDALENA. -¡Qué modo de llover y de tronar!

SALTABADIL. -Sin duda en el cielo está riñendo el matrimonio; el uno rabia y la otra llora.

BLANCA. -(¡Si mí padre supiera dónde estoy! Creo que hablan.)

MAGDALENA. -¿Sabes lo que estoy pensando?

SALTABADIL. -No lo sé.

MAGDALENA. -A ver si lo aciertas.

SALTABADIL. -No estoy ahora para acertijos.

MAGDALENA. -Pues pienso que ese joven es un buen ,mozo,

que se ha enamorado de mí según parece, y que, confiado en nuestra hospitalidad, se ha dormido. ¡No le matemos!

BLANCA. -(¡Cielos! ¡Qué oigo!)

SALTABADIL. (*Sacando del baúl un saco de lona y dándoselo a su hermana*.) -Recose en seguida ese saco.

MAGDALENA. -¿Para qué?

SALTABADIL. -Para meter en él el cadáver de ese buen mozo y echarlo al río.

MAGDALENA. -Pero...

SALTABADIL. -Si yo hiciera caso de ti no mataríamos a nadie; compón el saco.

BLANCA. -(Vaya un par de demonios.)

MAGDALENA. (*Cosiendo el saco*.) -Te obedeceré, pero hablemos.

SALTABADIL. -Hablemos.

MAGDALENA. -¿Odias a ese caballero?

SALTABADIL. -No; es capitán, y yo aprecio mucho a los hombres de espada, porque a ellos pertenezco.

MAGDALENA. -Pues es una necedad matar a un gallardo mozo por dar gusto a un repugnante jorobado.

SALTABADIL. -Pero he recibido del jorobado por matar al buen mozo diez escudos de oro a toca teja, y recibiré otros diez cuando le entregue el cadáver.

MAGDALENA. -Pues puedes matar al jorobado cuando te venga a traer los otros diez escudos, y te sale la misma cuenta.

BLANCA. -(¡Pobre padre mío!)

MAGDALENA-¿No te parece bien?

SALTABADIL. -¿Me tomas por algún bandido o por algún ladrón, que quieres que mate al cliente que me paga?

MAGDALENA. -Pues mete en el saco ese haz de leña que hay ahí, y como está oscuro, el jorobado creerá que encierra el cadáver.

SALTABADIL. -Eso es un disparate. No se lo puedo hacer creer.

MAGDALENA. -Quiero que le perdones.

SALTABADIL. -Pues es preciso que muera.

MAGDALENA. -Pues no morirá, porque le despertaré y se fugará.

BLANCA. -(¡Tiene buen corazón!)

SALTABADIL-¿Y los diez escudos de oro?

MAGDALENA. -Eso es verdad.

SALTABADIL-No seas niña y déjame obrar.

MAGDALENA. -¡Quiero salvarle!

*Se coloca resuelta al pie de la escalera para cerrar el paso a su hermano, que, vencido por esta resistencia, vuelve al proscenio, como tratando de encontrar un medio de conciliar todo.*

SALTABADIL. -El otro vendrá a medianoche a buscarme. Si de aquí a entonces viene un viajero cualquiera a pedirme posada, lo mato y lo meto en el saco en vez del militar. Estando tan oscura la noche, el jorobado no lo conocerá, y se dará por satisfecho con echar al río un cuerpo muerto. Esto es todo lo que puedo hacer por ti.

MAGDALENA. -Te lo agradezco; ¿pero quién ha de venir a la posada en semejante noche?

SALTABADIL. -Pues no hay otro medio de salvar al oficial.

BLANCA. -(¡Oh Dios! Sin duda queréis que yo muera. No debo hacer tan cruel sacrificio por un ingrato. ¡Oh Dios! No me impulséis a sacrificarme.)

*Truena.*

MAGDALENA. -Verás cómo no se atreve nadie a pedirnos hospitalidad.

SALTABADIL. -Pues si no la pide nadie, no puedo faltar a mi palabra.

BLANCA. -(Estoy por avisar a la ronda..., ¿pero dónde la he de encontrar? Y si la encontrara, ese hombre denunciaría a mi padre.)

*Suenan las doce menos cuarto.*

SALTABADIL. -Oyes? Ya está la hora muy próxima..., no tengo tiempo que perder: sólo me queda un cuarto de hora.

MAGDALENA. -Espera un momento más.

BLANCA. -(¡Esa mujer está llorando y yo la puedo socorrer!... Ya que él no me ama... ¿Para qué quiero vivir? ¡Moriré por él, pero eso es horrible!)

SALTABADIL. -No puedo esperar más.

BLANCA. -(¡Si supiera que me mataran sin hacerme sufrir! ¡Oh, Dios mío!)

SALTABADIL. -Es preciso que suba ya.

BLANCA. -(¡Morir sin haber cumplido dieciséis años! Es preciso, sin embargo...)

*Llama a la puerta débilmente.*

MAGDALENA. -Han llamado.

SALTABADIL. -Me parece que es el viento que hace crujir el techo.

BLANCA *vuelve a llamar.*

MAGDALENA. -No, no, están llamando.

*Corre a abrir el postigo y mira afuera.*

SALTABADIL. -¡Es muy extraño!

MAGDALENA. -¿Quién es? Es un joven. (*A* SALTABADIL.) BLANCA. -¿Puedo quedarme en la posada esta noche? MAGDALENA. -Sí.

SALTABADIL. -Y dormirá bien.

BLANCA. -Abrid.

SALTABADIL. -Espera un instante. Dame el puñal y lo afilaré un poco.

*Le da el puñal, que lo afila en un hierro.*

BLANCA. -(¡Gran Dios! ¡Afilan el arma homicida!)

MAGDALENA. -¡Pobre joven! Llama a la puerta de su tumba.

BLANCA. -(¡Estoy temblando! (*Cayendo de rodillas.*) ¡Dios mío, al presentarme ante ti, perdono a todos los que me han hecho daño; perdónales tú también.... desde el rey, a quien amo y compadezco, hasta ese demonio que me espera en la oscuridad para asesinarme! Voy a morir por un ingrato.) (*Levantándose. Vuelve a llamar a la puerta*.)

MAGDALENA. -Date prisa, que se cansa.

SALTABADIL. (*Probando el filo en la mesa*.) -Ya está bien. Espera que me esconda detrás de la puerta.

BLANCA. -(Oigo todo lo que dicen.)

MAGDALENA. -Espero la señal.

SALTABADIL. (*Detrás de la puerta con el puñal en la mano*.) -Abre.

MAGDALENA. (*Abriendo*.) -Entrad.

BLANCA. (*Retrocede un paso.*) -(¡Dios me ampare!)

MAGDALENA. -Pasad adelante.

BLANCA. -(¡La hermana ayuda al hermano! ¡Perdónales, Dios, Y tú perdóname, padre mío!)

*Entra y se ve a* SALTABADIL *levantar la mano con el puñal.*

*Telón rápido.*

FIN DEL ACTO CUARTO

# Acto quinto

Triboulet

Escena primera

TRIBOULET

*Avanza lentamente por el foro embozado en la capa. Ha cesado la lluvia y va alejándose la tempestad. De vez en cuando relampaguea y truena.*

Por fin voy a vengarme; quizá me habré vengado ya. Pronto hará un mes que espero y que espío, representando mi papel de bufón, devorando mi rabia interior y llorando lágrimas de sangre detrás de mi máscara burlona. Ésta es la puerta..., por aquí lo deben sacar..., pero aún no debe ser hora. (*Truena*.) Noche es ésta horrible, y horrible misterio el que oculta una tempestad en el cielo y un asesinato en la tierra; ¡mi cólera esta noche relampaguea como la de Dios!... Inmolo a un rey, del que dependen veinte reyes, un rey que mantiene el peso del mundo entero, y que se conmoverá en cuanto el rey no exista. Cuando prive a Europa del equilibrio, cuando eche al río el cadáver del rey, la Europa se desquiciará. Si Dios mañana preguntase a la tierra: «¿Qué volcán acaba de abrir el cráter? ¿Quién agita al cristiano y al turco? ¿A Clemente, a Doria, a Carlos V y a Solimán? ¿Qué César, qué guerrero, qué apóstol mueve las naciones a la lucha?» La tierra contestaría: «¡Triboulet!» La venganza de un loco va a hacer oscilar al mundo.

*Pausa. Dan las doce en un reloj lejano.*

¡Las doce!

*Corre a la puerta y llama.*

UNA VOZ. (*Dentro*.) -¿Quién es?

TRIBOULET. -Yo.

LA VOZ. -Bien.

*Ábrese el tablero de bajo de la puerta.*

TRIBOULET. -Vamos pronto.

LA VOZ. -No entréis.

SALTABADIL *sale arrastrándose por la abertura inferior de la puerta, y por ella arrastra algo pesado y metido en un saco, que apenas se distingue en la oscuridad.*

Escena II

TRIBOULET *y* SALTABADIL

SALTABADIL. -Pesa mucho. Ayudadme.

TRIBOULET, *agitado por alegría convulsiva, le ayuda a llevar el saco, que al parecer contiene un cadáver.*

Vuestro enemigo está metido en el saco.

TRIBOULET. -¡Quiero verlo! ¡Traed una luz!

SALTABADIL. -Eso no.

TRIBOULET. -¿Temes que alguien nos vea?

SALTABADIL-Los arqueros y los vigilantes nocturnos: ya estamos haciendo bastante ruido.... vengan los diez escudos.

TRIBOULET. -Toma. (*Entregándole un bolsillo.*) La venganza tiene momentos de verdadera fruición.

SALTABADIL. -¿Queréis que os ayude a arrojarlo al Sena? TRIBOULET. -No; para eso no necesito ayuda.

SALTABADIL. -Pero entre los dos lo haríamos más pronto. TRIBOULET. -El enemigo muerto que se lleva arrastrando pesa poco.

SALTABADIL. -¡Como queráis! Despachad pronto y buenas noches.

*Entra y cierra la puerta.*

## Escena III

TRIBOULET *contemplando fijamente el saco*

Aquí está!... Muerto. Quisiera verlo; pero es igual; lo reconozco al través del saco, al ver sus espuelas que atraviesan la lona. (*Se endereza y pone el pie encima del saco*.) Ahora puedo decir al mundo: Yo soy un bufón y éste es un rey; míralo a mis pies; un saco le sirve de sudario y el Sena le servirá de sepulcro. ¿Quién ha conseguido esta victoria? Yo, yo solo. ¡Pobre hija mía, ya está vengada! Tenía sed de derramar su sangre.(*Inclinándose sobre el cadáver*.) ¡Eres un malvado que me robaste mi hija, que valía más que tu corona y que no había hecho daño a nadie! No te agradezco que me la devolvieras, porque la trajiste a mis brazos deshonrada. Ahora, en cambio, rey de la crápula, soy yo el que te venga, ahora soy yo el que se ríe. Aparenté olvidarlo todo, y creías que no recordaba nada; pero en la lucha que provocaste entre el débil y el fuerte, el vencedor ha sido el débil, y el que te lamía los pies es ahora el que te roe el corazón. ¡Cómo gozaría yo si él pudiera oír lo que le digo! (*Inclinándose hacia el saco*.) ¿Me

oyes? ¡Te aborrezco! Prueba a ver si en la profundidad del río donde te vas a hundir encuentras alguna corriente que te arrastre hasta tu palacio. ¡Rey Francisco, al agua!

*Tira del saco por un extremo y lo arrastra hasta la orilla del agua. Al dejarlo en el parapeto se entreabre la puerta baja de la casa.* MAGDALENA, *con precaución, mira a su alrededor; después vuelve a entrar en la casa y reaparece en seguida con el* REY, *al que indica por señas que no hay nadie en la playa y que puede marcharse.* MAGDALENA *vuelve a cerrar la puerta y el* REY *atraviesa la playa en la dirección que ésta le indicó. En este instante* TRIBOULET *se dispone a arrojar el saco al Sena.*

TRIBOULET. -Al agua.

REY. *(Cantando por el foro.)*

«La mujer es movible
cual pluma al viento...»

TRIBOULET. (*Estremeciéndose.*) -¡Cielos! ¡Esa voz!

*Escucha y se espanta. El* REY *ha desaparecido, pero se le oye cantar a lo lejos.*

REY. *(Cantando.)*

«¡Ay del que en ella fija
su pensamiento!...»

TRIBOULET. -¡Maldición! ¡No es él el cadáver que encierra el saco! ¡Alguien le protegió y se escapa! ¡Me ha engañado ese bandido! ¿A qué inocente habrá asesinado por él?

*Desgarra el lienzo con el puñal y mira con ansiedad.*

¡Esta horrible oscuridad me impide ver! ¡Esperaré la luz de un relámpago!

*Queda un instante con la vista fija en el saco entreabierto.*

## Escena IV

### TRIBOULET *y* BLANCA

TRIBOULET. (*Brilla un relámpago y retrocede.*) -¡Mi hija! ¡Condenación! ¡Es mi hija! ¡Tengo la mano manchada con la sangre caliente de mi hija! ¡Esto es una visión aterradora, un prodigio horrible; esto no puede ser, esto es imposible! Blanca debe encontrarse a estas horas en Evreux.

*Cae de rodillas cerca del cuerpo de su hija, y un segundo relámpago se la hace reconocer.*

¡Es ella! No puedo dudarlo; ¡es ella! ¡La han asesinado esos bandidos!

BLANCA. (*Reanimándose al oír los gritos de su padre y entreabriendo los ojos con desfallecimiento.*) -¿Quién me llama?

TRIBOULET. -¡Habla! ¡Se mueve! ¡Aún late su corazón! ¡Vive aún, Dios mío!

BLANCA. (*Incorporándose un poco*.) -¿Dónde estoy?

TRIBOULET. (*Abrazándola.*) -Hija mía, mi único bien en la tierra, ¿reconoces mi voz? ¿Me oyes?

BLANCA. -¡Padre mío!

TRIBOULET. -¿Qué te han hecho? ¿Has sido víctima de algún misterio infernal? Temo hacerte daño si te toco; ¿estás herida?

BLANCA. -El puñal indudablemente me ha tocado en el corazón.... porque allí lo he sentido.

TRIBOULET. -¿Quién te ha dado esa puñalada cruel?

BLANCA. -Yo sola tengo la culpa..., os he engañado..., le adoraba... y muero... por él.

TRIBOULET. -¡Has caído en las redes de mi propia venganza! ¡Eso es que Dios me castiga! ¿Cómo ha sido eso? Dímelo, hija mía.

BLANCA. (*Moribunda.*) -No me hagáis hablar...

TRIBOULET. (*Besándola*.) -Perdóname.... ¡pero perderte sin saber cómo! ¡Oh, tu cabeza se desploma!...

BLANCA. -¡Me ahogo!

TRIBOULET. (*Levantándola con angustia*.) -Blanca, hija mía, no te mueras. (*Gritando con desesperación.*) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡No hay nadie aquí y van a dejar que se muera de este modo mi hija!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Esa casa es una tumba!

BLANCA *agoniza.*

¡Oh, no te mueras, hija mía! Si tú me faltas, nada me queda ya en el mundo.

BLANCA. -¡Oh!

TRIBOULET. -Quizá mi brazo te está lastimando; déjame mudar de postura. ¿Estás así mejor? Procura respirar hasta que venga alguien a asistirnos... ¡Nadie nos socorre!

BLANCA. (*Con voz extinguida.*) -Padre mío, perdonadle... ¡Adiós!

*Le cae la cabeza sobre el pecho.*

TRIBOULET. (*Mesándose los cabellos.*) -¡Está expirando! (*Corre a la campana y la sacude con furor.*) ¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Fuego! (*Volviendo hacia donde está* BLANCA.) Procura, hija mía, pronunciar una palabra, una sola; háblame, por piedad. ¡Dios mío, no he de volver ya a oír su voz!

*Van acudiendo gentes del pueblo con hachas encendidas.*

El Señor no tuvo piedad de mí cuando me concedió la felicidad de poseerte; ¿por qué no te arrebató de la vida antes de darme a conocer la belleza de tu alma? ¿Por qué en la niñez no te llevó al cielo para que acompañases a los otros ángeles? ¡Hija mía!

## Escena V

*Dichos, hombres y mujeres del pueblo*

UNA MUJER. -Su dolor me llega al alma.

TRIBOULET. (*Volviéndose.*) -¿Ahora venís? ¡A buen tiempo llegáis!

*Agarra del cuello a un carretero que lleva la fusta en la mano.*

¿Debes tener carro y caballos?

EL CARRETERO. -Sí. (¡Está furioso!)

TRIBOULET. -Pues bien; cógeme la cabeza y ponla debajo de las ruedas. (*Volviéndose hacia* BLANCA.) ¡Hija mía!

HOMBRE. -Este asesinato desespera a un padre infeliz; separémoslos.

*Quieren separar a* TRIBOULET *de su hija; éste se resiste.*

TRIBOULET. -No os empeñéis; quiero quedarme aquí; quiero verla. No os he hecho ningún daño para que queráis quitármela; no os conozco. (*A una mujer.*) Señora, vos que sois buena, tan buena que lloráis conmigo, decidles que no me separen de mi hija.

*Intercede la mujer y* TRIBOULET *vuelve al lado de* BLANCA, *cayendo de rodillas ante el cadáver.*

¡De rodillas, de rodillas, miserable, y muere a su lado!

MUJER. -Tranquilizaos, buen hombre; si gritáis tanto, os echarán de aquí.

TRIBOULET. -No, no, dejadme. (*Cogiendo a* BLANCA *en sus brazos*.) Creo que respira aún y que me necesita. Id en seguida a pedir socorro en la ciudad; dejadla en mis brazos y yo me quedaré tranquilo. Pero no; está muerta: ¡tan hermosa y muerta! No, no. Dadme algo para secar su frente... Sus labios aún están sonrosados... Cuando era pequeña era rubia, y la tenía yo en brazos como ahora; y cuando se despertaba era un ángel... Yo no le parecía repugnante y se sonreía mirándome con sus ojos divinos, mientras yo le besaba las dos manos. No está muerta, está durmiendo y pronto la veréis abrir los ojos. Ya estáis viendo que hablo con mucho juicio, que estoy tranquilo, que no ofendo a nadie; y ya que no hago nada de lo que me prohibís, bien podéis dejar que contemple a mi hija. No tiene ni una arruga en la frente. Ya he conseguido calentar sus manos entre las mías. Venid aquí, tocádselas y os convenceréis.

*Entra un* MÉDICO.

MUJER. -Ahí tenéis a un cirujano.

TRIBOULET. (*Al* MÉDICO, *que se acerca*.) -Venid, examinadla, que yo no lo impediré. ¿Verdad que no está más que desmayada?

EL MÉDICO. (*Reconociendo a* BLANCA.) -Está muerta.

TRIBOULET. -¡Muerta!

MÉDICO. -Tiene en el costado izquierdo una herida muy profunda, y la sangre la ha muerto, ahogándola.

TRIBOULET. (*Con desesperación*.) -¡He matado a mi hija! ¡He matado a mi hija!

*Cae al suelo sin sentido.*

FIN DE *El Rey se divierte*